
EL CASO
DEL ASESINO
DEL CLAN
UNA NOVELA POLICÍACA
DE MISTERIO
Y CRIMEN
RAÚL
GARBANTES

El caso del asesino del clan

Raúl Garbantes

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2019 Raúl Garbantes
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing
Lama Jabr y José Higa
Sídney, Australia
www.autopublicamos.com



Suscríbase a nuestra lista de correo para obtener una copia GRATIS de "La Maldición de los Montreal" y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic **AQUI**

Últimas publicaciones del autor:

Todo Policíaca: Los mejores libros en español de detectives, misterios y crimen



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**

Todo Thriller: Los mejores libros en español de misterio y suspenso



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Notas del autor
Otras obras del autor

Capítulo 1

12 de febrero

Por enésima vez, Josh se frotó las manos. Caminar por las calles de Boston durante la madrugada era como hacerlo sobre una garganta helada y envuelto en un aliento de niebla. Acababa de comer en el restaurante —aunque más bien se asemejaba a una taberna— ubicado a poco más de tres cuadras de su casa, y pensó que la caminata lo ayudaría a digerir el bistec y las papas fritas. Sin embargo, ahora sentía que llevaba un bloque de hielo en el estómago: la calidez del alimento se había rendido ante el frío de la calle.

Josh pensó en que apenas le faltaba una cuadra y media para llegar al edificio en donde vivía. También maldijo mentalmente al recordar que el portero aún no había arreglado la calefacción y que él debería meterse entre sábanas tan heladas como la calle.

Sin embargo, aquello era mejor que esa oscuridad, esa rara neblina. Aquella se asemejaba más a una noche londinense que a una de Boston.

El silencio sí tenía más lógica: eran las primeras horas del domingo, horas de silencio que todos usaban para dormir y olvidarse del mundo. Josh pensó que si un dron lo estuviese enfocando desde las alturas, él se vería como un ínfimo punto en la ciudad, una hormiga solitaria vagando en un desolado hormiguero de asfalto, acompañada solo por unas pocas luces de neón parpadeando en la noche.

Un ruido crujiente, como de imposibles hojas secas, llevó a Josh a voltear y mirar a sus espaldas.

Nada. Apenas unas blancuzcas exhalaciones de neblina y un farol sin luz.

Se le pasó por la cabeza que quizá no estaba tan solo como pensaba. Quizá había otra persona caminando por la calle a esa hora inhabitual. De todos modos, eso no debería implicar nada malo respecto a aquella hipotética persona; el propio Josh estaba caminando ahora por la calle, y él no era un delincuente o un ladrón, ni un asesino, ni…

El crujido otra vez.

Las imposibles hojas secas, que tal vez —a Josh se le acababa de ocurrir una imagen más probable— fueran zapatos de gamuza, muy nuevos, crujiendo por la caminata de un hombre que él no alcanzaba a ver.

Pero el ruido —el de las hojas imposibles o del probable zapato, o el de lo que fuera— acababa de resonar de nuevo en la silente noche. Josh creyó incluso percibir un eco, una resonancia como la de las iglesias o los teatros.

«Estoy delirando», se dijo. «Es mi estúpida imaginación, seguro estimulada por los vasos de vino que me tomé en la cena».

Josh se metió las manos en los bolsillos del *jean*, no sin antes cubrirse la cabeza con la capucha.

«Demasiado frío», volvió a decirse.«Quizá debí de tomar un taxi, aunque solo fuera por tres miserables cuadras».

No quería admitir ante sí mismo que no era el frío lo que más le incomodaba.

Y como una señal terrible y burlona, el crujido sonó una vez más.

A Josh le resultaba imposible calcular una distancia: no sabía si el ruido venía desde dos metros o veinte kilómetros. El frío, la tensión,

las copas de vino… Todo eso lo hacía sentir atontado, y la noche nebulosa era también la noche confusa de su cabeza. Tenía sueño, un sopor semejante al de quien maneja de madrugada por la carretera y se encuentra siempre con el mismo paisaje, como los fondos repetitivos que reutiliza un dibujo animado para ahorrar presupuesto, y ya no sabe si se encuentra en el sueño o en la vigilia, si vive o si duerme.

Y así, como un monstruo que se escapa de un sueño, surgió aquella negra figura, casi vomitada por la neblina.

Josh no llegó a reconocer a nadie en esa silueta difuminada que se abalanzaba sobre él. Mucho menos llegó a oponer resistencia alguna. Y cuando se convenció de que aquello era real, el golpe ya le estallaba en la cabeza y el universo entero se desvanecía, como una hoja de papel a la que acaban de lanzar a las llamas.

Ni siquiera alcanzó a advertir si la silueta usaba zapatos de gamuza nuevos, o si se trataba de un monstruo que caminaba sobre imposibles hojas secas, en el asfalto de las calles de Boston, durante las primeras y oscuras horas de un domingo desolado.

Capítulo 2

El teléfono sonó en la Brigada de Casos Graves, ubicada en el 12.º Distrito de Boston Central. Al principio, Tom y Nadine no le prestaron atención. El teléfono sonaba infinitas veces por día, y en la mayoría de las ocasiones no se trataba de nada demasiado importante. Por fortuna, los trámites burocráticos y las informaciones varias abundaban más que los crímenes verdaderamente graves e intrincados, aquellos que Tom y Nadine se dedicaban a resolver. Y si bien la burocracia era infernal a su manera, resultaba mejor para el mundo un exceso de papeleo que un exceso de derramamiento de sangre.

Sin embargo, la actitud de Nadine y de Tom cambió cuando uno de sus hombres golpeó a la puerta de la oficina que ambos compartían y les dijo que Nashville, de la central, quería hablar con ellos.

Era un modo de decir que llamaba «el jefe».

Nadine Bannister atendió. Tom Harrison la miraba mientras se bebía su café.

Nadine asentía y trataba de contestar a la palabrería de Nashville. Incluso Tom, si bien no entendía lo que decía, alcanzaba a oír el ruido grave de su voz a pesar de la considerable distancia a la que tenía el auricular del teléfono.

—¿Pero, señor, a usted le parece…? —trataba de decir Nadine cuando encontraba un resquicio. Pero los rugidos de Nashville volvían a monopolizar la conversación. No se trataba de que el jefe estuviese enojado con él o Nadine, o simplemente se hubiera levantado de mal humor esa mañana: él hablaba así, y punto.

Nadine cortó. Apenas pudo despedirse.

—¿Qué noticias hay? —le preguntó Tom—. La expresión de tu rostro me dice que no son buenas.

—Ni buenas ni malas. —Nadine dio un sorbo a su café—. Yo diría que neutras. Lo que no entiendo es por qué Nashville nos envía a la escena de un crimen callejero.

—¿Qué tipo de crimen?

—Lo que acabo de decir: un muchacho al que le dieron un tremendo golpe y lo dejaron muerto en la calle. Lo encontraron recién, aunque los oficiales que llegaron allí suponen que ha muerto hace unas horas.

—Bueno… —Tom se puso de pie y lanzó un suspiro resignado—. Como fuera, debemos ir. Nashville será lo que será, pero no hace las cosas sin motivo. Debe de tener una razón para asignarnos este caso a nosotros. Ya preguntaremos una vez que estemos allí.

Nadine asintió con la cabeza. Terminó su café, de un último trago largo, y siguió a Tom hacia afuera, camino a la patrulla.

Capítulo 3

Jason Winthrop era un hombre de pelo negro, cejas anchas y rasgos duros. Era de pocas palabras, aunque siempre resultaban ser medidas y certeras. Quizá se debiera al rigor que le exigía su profesión, la de examinador médico en la Policía de Boston.

Jason recibió a Tom y a Nadine. Apenas terminó de saludarlos, con un parco y a la vez amable ademán, se sacó los guantes de látex y se enjugó el sudor de la frente.

—Me extraña verlos a ustedes aquí —dijo.

—A nosotros también nos extraña —contestó Tom—.

Hubo unos instantes de silencio, y de miradas que se cruzaron con resignada perplejidad. Un pálido sol de mediodía caía en el asfalto. El hombre que descansaba sobre la calle gris, tendido, hubiera sentido el calor concentrado en su espalda. Pero ese hombre estaba muerto, y ya nada podía sentir.

—¿Cuál es la historia aquí? —preguntó Nadine.

—Se llama… —Jason hizo una pausa—. O se llamaba, mejor dicho, Joshua Alexander. Según acabamos de comprobar, lo golpearon directo en el rostro, y con una fuerza desaforada. Tan brutal fue el golpe que llegó a romperle la vértebra C2. Por supuesto, murió al instante.

—Quizá nunca supo lo que le sucedió —dijo Tom.

—Con el clima nebuloso de anoche, y dado que venía de comer y tomarse un par de copas, es probable —asintió Jason. Y después añadió, con una sonrisa—: Pero yo no soy el detective, y no me corresponde averiguar esas cosas.

—Por lo regular —dijo Nadine mientras los tres se acercaban al cadáver—, a nosotros tampoco nos correspondería meter nuestras prestigiosas narices en un atraco callejero.

Jason la miró y dijo:

—Esto puede ser cualquier cosa menos un atraco. No le robaron nada. Cuando lo encontramos, llevaba cien dólares en la billetera.

—Ya veo. —Tom parecía recién salido de una excursión por sus propios pensamientos—. Este es un barrio difícil, a veces, aunque lo que queda de este joven no luce como alguien de humilde condición.

Jason volvió a sonreír:

—Siempre tan sagaz, Harrison. Por lo que nos dijeron los de inteligencia, es… era un chico acomodado.

—¿Y qué demonios hacía aquí? —Sin apartar la vista del cuerpo, Tom se cruzó de brazos y se llevó dos dedos a la pera.

Jason se encogió de hombros, indicando que no tenía la menor idea.

Nadine intervino:

—Quizá por eso nos mandaron aquí. El bueno de Nashville se huele que aquí hay algo raro.

—O no quiere quedar mal con el papi de este pobre niño —dijo Tom—. Con los ricos conviene mantener buenas relaciones.

Los tres se quedaron en silencio, dando por sentado que no había más deducciones que hacer por el momento, ni nada que decir. Contemplaban el cadáver de ese joven, que exponía su rígida frialdad a los rayos del sol, tendido sobre el asfalto cálido. Costaba trabajo creer que el pobre Joshua había alguna vez tenido una cara. Ahora, ese lugar de su cuerpo estaba ocupado por una concavidad

deforme, manchada de sangre reseca y vaya uno a saber qué tipo de fluidos. Era como si un extraño pez acabara de estallar. Como tantas otras veces, Tom y Nadine experimentaron esa extrañeza ante el cuerpo humano: la distancia paradójica que uno siente al contemplar lo que en verdad llevamos dentro.

Joshua había sido rico, aunque deberían averiguar los motivos que lo llevaron a vivir en un barrio trabajador y caminar sus cuadras a altas horas de la noche. Josh probablemente tenía novia, familia, gente cercana a la que la Policía de Boston estaría contactando en esos mismos momentos.

Y sin embargo, él ya no era nada. O mejor dicho, no era ya más que un bulto inerte echado sobre el asfalto y bajo el pálido sol del mediodía: ese ojo radiante que los miraba a todos desde las alturas, y con una cruel indiferencia.

Capítulo 4

Dos oficiales se acercaron al trío conformado por Tom, Nadine y Jason —alguien podría decir, con negro humor, que se trataba en realidad de un cuarteto, si se contaba al cadáver de Joshua.

Los oficiales no venían solos, los acompañaba una mujer regordeta, con lentes gruesos y un aire a matrona de enfermería. Nadine le calculó unos sesenta años.

Los oficiales saludaron a los detectives, y les dijeron:

—Esta es la señora María Whitakers. Vive cerca de aquí y accedió a venir con nosotros en calidad de declarante. Ella conocía a la víctima.

—Gracias por colaborar, señora Whitakers —dijo Nadine. Cuando se lo proponía, ella podía ser muy diplomática y caerles bien a las personas de las que pretendía extraer información—. ¿Qué puede decirnos acerca del joven Alexander?

—No se guarde ningún dato —agregó Tom—. Por insignificante que parezca, cualquier información nos podría resultar útil.

La señora Whitakers asintió; al gesto lo acompañaba una modestia casi reverencial.

Después empezó a decir lo que tenía para decir:

—Josh se fue a vivir a la vieja Casa de Hospedaje de este barrio, hará unos dos meses, más o menos. Yo solía cruzármelo todas las mañanas. Nos saludábamos, y a veces sosteníamos breves conversaciones, de esas que se dan entre vecinos.

Nadine dijo:

—Asumo, entonces, que no había entre usted y él una gran confidencia.

—No, temo que no. Yo suelo desayunar con Jerry, mi marido, en una cafetería cercana. A menudo nos lo cruzábamos. Él se pedía unos huevos revueltos. Un chico educado, como los de antes. Nosotros sabíamos de su procedencia… digamos, de clase más alta que nosotros. Él era una especie de bicho raro en este barrio, y por ciertas señales, como su forma de hablar y hasta de caminar, nosotros hubiésemos advertido que él no era hijo de obreros, más allá de que, durante el transcurso de nuestras ocasionales charlas, él me lo comentó. Lo hizo no sin cierta reticencia. Se notaba que lo incomodaba hablar de eso. No era alguien que nos mirara como desde arriba. —La señora Whitakers remedó el gesto de desprecio que, según ella, un rico ensayaría ante la visión de un pobre—. Sino todo lo contrario: se integraba a la perfección. Un chico educado, como dije, y también humilde.

Hubo un silencio. Sin pensarlo, como si adelantaran el futuro velatorio, todos bajaron la cabeza para mirar al cadáver. A excepción de Nadine, que había sacado su pequeña libreta y anotaba algunos detalles. Aunque, por desgracia, la declaración de la señora Whitakers no aportó información sustancial. De todos modos, ni Tom ni ella esperaban que fuera así. Nunca resultaba tan fácil. Si el primer declarante entregara todas las claves para resolver un caso, el oficio de detective sería un asunto muy aburrido.

La señora rompió el silencio. Dijo con una voz tenue, conmovedora:

—Sí, un buen muchacho… Los buenos siempre se van primero. ¿No, detectives?

Nadie supo qué decir, así que volvieron a agachar la cabeza. Hasta que Tom replicó:

—Quizá los buenos se vayan primero, señora Whitakers. Pero no se preocupe, nosotros después nos encargamos de atrapar a los malos.

Capítulo 5

Los dos detectives regresaban en su coche policial. Nadine se encargó de conducir durante el camino de ida, así que Tom se hallaba frente al volante.

—¿Crees que el chico se haya escapado de casa? —preguntó Nadine mientras buscaba información en su móvil, con acceso a la base de datos a la que estaba conectada la comisaría—. ¿Tal vez una pelea familiar, un ataque de rebeldía? Es la edad en la que suceden ese tipo de cosas.

—El próximo paso debería ser conversar con sus padres. Además, tampoco es que tengamos muchas más opciones. —Tom no logró reprimir un suspiro, y tamborileó los dedos contra el volante—. Todavía no me explico la razón de que nos asignaran este maldito caso. ¿Solo porque el chico es rico? Sería bastante obsceno, un exceso de discriminación clasista, incluso para lo que estamos acostumbrados a ver.

—¿Ahora eres un guerrero social? —dijo Nadine, sonriendo con sorna, sin abandonar su búsqueda en el móvil.

—No hay que ser un santo para indignarse ante ciertas cosas.

—Ya lo tengo —dijo Nadine casi agitando el móvil—. El padre de nuestro infortunado Joshua se llama Ernest Alexander. Se dedica al negocio de los bienes raíces, toda su familia se dedicó a ello durante generaciones.

—Todos felices herederos de alguien que trabajó duro, o quizá tuvo suerte.

—Probablemente las dos cosas —corrigió Nadine—. Aquí tengo la dirección de sus oficinas, están en el centro de la ciudad. —Nadine

le dijo a Tom la dirección—. La colocaré en el GPS, deberíamos ir ahora mismo para allá.

—Y darle la noticia… Maldición, no me gustan esas cosas.

—Aplaca un poco tu mal humor, compañero. Yo me encargaré de darle las malas nuevas al señor Alexander, tú no te preocupes.

***

Sin embargo, durante el viaje a Tom y Nadine les informaron, desde la comisaría, que ya habían notificado por teléfono al señor Alexander de la muerte de su hijo.

Al menos, se consoló Tom, encontrarían un hombre ya destrozado: él no debería someterse a la visión de los ojos que se dilatan y la boca que se contrae en una mueca de desesperación. Aquella era la peor parte, el instante en que los deudos recibían la noticia. Ver a un hombre con los órganos arrancados resultaba horrible, pero presenciar cómo se los arrancaban, sin duda era mucho peor.

Tom salió de esos pensamientos de repente, como quien emerge de una pileta. Miró por la ventanilla las oficinas de Alexander Company, el no demasiado original nombre que el padre de Joshua —o el padre del padre del padre… de Joshua— había elegido para su empresa.

—Ya estamos aquí —dijo Nadine. Y Tom trató de olvidarse por un segundo de la muerte, aunque había elegido el momento y el oficio equivocado para albergar esas pretensiones.

Bajaron. Nadine se dijo que la fachada lucía sobria y a la vez imponente, una rara y de seguro deliberada combinación: el Alexander que mandó a diseñar aquello poseía buen gusto.

En el vestíbulo, se anunciaron ante la recepcionista.

—Sí, detectives —dijo la mujer acomodándose los lentes negros —, el señor Alexander acaba de suspender todas sus reuniones, pero por supuesto que a ustedes los atenderá.

Tom pensó que aquella mujer cuarentona, con algún kilo de más, se apartaba del cliché de la secretaria joven y curvilínea que a menudo tiene una gran cercanía con el jefe y hasta consigue vertiginosos ascensos, merced a unos presuntos méritos que nadie más en la oficina conoce, aunque todos aciertan a deducir. Se dijo que, o bien Ernest Alexander era un hombre honesto, o su oscuridad resultaba tan cínica que él había escogido esa secretaria para ostentar un supuesto no-machismo o fidelidad conyugal.

Guiados por la secretaria, que avisó por intercomunicador al señor Alexander de la visita, subieron a un amplio ascensor. Durante el trayecto hasta el cuarto piso, Tom y Nadine no dijeron palabra.

La puerta del ascensor se abrió y los dos caminaron un par de metros hasta otra recepción, con otra recepcionista. Esta vez sí se trababa, observó Tom para sus adentros, de una bella y rubia joven.

«Aquí, más escondida, tenemos a la "verdadera" secretaria», se dijo.

La joven apartó momentáneamente la vista de la revista que estaba hojeando, los saludó con evidente desinterés y les señaló una puerta blanca y angosta:

—Pasen, el señor Alexander los está esperando.

Y ellos entraron.

Capítulo 6

Ernest Alexander era un hombre calvo, con apenas unos rastros de pelo blanco en los costados de la cabeza. También era alto y flaco. De su rostro, poco podían Tom y Nadine opinar: cuando entraron, les estaba dando la espalda, contemplando hacia afuera a través del ventanal de su enorme oficina.

—Ya me han dado las malas noticias, detectives —dijo.

Tom percibió un tono de voz frío, casi neutral. Tratándose de la muerte de su hijo, quien considerara superficialmente las conductas humanas juzgaría que aquel era un hombre monstruoso, desprovisto de sentimientos. Pero Tom sabía que quien más siente una muerte no es quien más llora en el velatorio, y que los sentimientos humanos no se juzgan según la espectacularidad de sus manifestaciones. La noticia era muy reciente. Quizá Ernest Alexander había alcanzado a comprender lo que sucedió, o ni siquiera era capaz de creérselo.

Por otra parte, un hombre habituado a los grandes negocios debía necesariamente tener esa actitud y ocultar toda emoción, en especial las que denotasen fragilidad.

—Hasta hace un rato, hubiese dicho que hoy nos había tocado un agradable día. Ahora ya no es lo mismo, aunque el sol siga brillando y poco le importe mi opinión. —Al fin, Alexander volteó y descubrió su rostro: sonreía amargamente, tenía labios pequeños y dos ojeras enmarcaban sus ojos azules. Nadine pensó que, en su juventud, debió de haber sido un hombre atractivo. Fue un pensamiento de mujer, no de detective—. Siéntense —dijo Alexander

señalando con la mano extendida al amplio escritorio caoba, donde un par de sillas de oficina esperaban por Tom y Nadine.

Ellos se sentaron.

Después de las protocolares condolencias y de que los dos aceptaran un café, Nadine lanzó la primera pregunta:

—¿Qué hacía su hijo viviendo en ese barrio, señor Alexander? Creo que no necesitamos explicar por qué nos ha llamado la atención.

—Sí, entiendo, a simple vista se advierte que Joshua no es… que no pertenece, digamos, a la clase trabajadora.

Tom y Nadine advirtieron que Alexander seguía refiriéndose a su hijo en tiempo presente. Resultaba entendible que él aún no pudiera, tal como ellos habían sospechado, asimilar la noticia. Su comportamiento gestual era el de un hombre rígido, que intenta mantener la compostura, pero que con ligeros temblores y microgestos demuestra que se halla a poco de explotar. La única pregunta era cuándo.

—Yo no había tenido noticias de mi hijo durante los últimos tres o cuatro días —siguió diciendo Ernest Alexander, que pareció darse cuenta de que estaba divagando y retomó el timón de su discurso—, pero contestaré su pregunta, detectives. Sucede que Joshua creía que yo iba a pagarle sus estudios universitarios, igual que toda la vida le he pagado todo, y que él no debería hacer otra cosa que ir a la universidad y divertirse con chicas y esas cosas que se hacen a esa edad… Y supongo que, de tanto en tanto, también ojearía alguno de los libros de estudio. —Sonrió con amargura; parecía que la consciencia, y el dolor de ser consciente, le iba entrando a cuentagotas.

Tom intervino:

—Y supongo que usted se negó. Le dijo que se consiguiese un trabajo.

Alexander asintió con la cabeza:

—Yo quería que él supiese que la vida no era un parque de diversiones, ni la pompa de jabón en la que había vivido desde niño. Cuando yo era niño, mi padre me puso la condición de conseguir un empleo, aunque fuese solo media jornada, si pretendía seguir beneficiándome de su manutención y escalar posiciones en la empresa. Así yo puede heredar esto que ven. —Miró alrededor, alzando la cabeza y moviéndola en semicírculo, y abrió los brazos para señalar a la sala—. Y hasta logré volverlo más grande. Y eso se lo debo a mi padre, que me enseñó el valor del trabajo duro, aun cuando yo había nacido en un hogar privilegiado. Y yo quise hacer lo mismo por Joshua, pero… —A Alexander le brillaban los ojos, aunque se notaba que luchaba con todo su ser para no traslucir sus emociones—. No sé, o tuve mala suerte, o estos tiempos no son los de antes. Nunca quise que él se fuese a vivir a un barrio tan peligroso.

Nadine lanzó otra pregunta antes de que aquel hombre se quebrara.

—¿Y qué hacía exactamente Joshua para ganarse la vida?

—Me dijo que había encontrado trabajo como mesero en la cafetería local, y que si bien el salario fijo no era el mejor, se ganaban allí algunas buenas propinas. Quizá llevaba mucho de ese dinero encima cuando lo atacaron. —De repente, Alexander se expresó con mayor modestia, casi implorando que le respondiesen —: ¿Ustedes creen, detectives, que…?

—No fue un robo —dijo Tom—. Joshua llevaba cien dólares en el bolsillo cuando nosotros llegamos a la escena del crimen.

—Entonces —dijo Alexander recuperando su relativo aplomo—, ustedes ahora vienen a preguntarme si él tenía enemigos, o si soy yo quien los tiene y alguien pudiera querer dañarme dañándolo a él.

—No era mi siguiente pregunta —dijo Nadine, entendiendo cierta agresividad latente en el tono de su interlocutor. Ante tal sufrimiento, una persona quiere desahogarse contra quien sea, aun si nada tenía que ver con la causa del dolor o incluso si intentaba ayudarlo—. Sin embargo, ya que usted las enumeró, puede responderme esas cuestiones.

—La respuesta es no, detectives, no tengo enemigos. Tengo competidores en mi rubro, igual que cualquiera, y habrá gente a la que yo no le caiga bien. Nadie le cae bien a todo el mundo, ¿no?

Nadine —a ella la miraba Alexander— asintió en silencio. Alexander completó:

—Pero no creo que eso justifique calificar a esa gente como enemigos. Y mucho menos como gente capaz de… de… de hacerme algo así.

Otra vez los ojos brillosos. Las últimas palabras le habían temblado en la garganta.

Tom y Nadine intercambiaron una rápida mirada: se pusieron de acuerdo, con ese gesto mínimo, en que carecía de sentido seguir interrogando a Ernest Alexander en ese momento. En todo caso, volverían después. Ahora no lograrían más que extender el tormento del pobre hombre, que ya contenía a duras penas el caudal de su sufrimiento. Ellos eran detectives y no torturadores, así que se pusieron juntos de pie.

—Gracias, señor Alexander, y lamentamos su pérdida —dijo Nadine.

—Encontraremos al culpable, señor Alexander —prometió Tom.

—Ojalá —dijo el padre de Joshua poniéndose de pie también y estrechándole la mano a cada uno.

Salieron de la oficina y volvieron a atravesar las dos recepciones, ascensor mediante.

Abajo volvieron a mirarse entre ellos.

—¿Qué opinas? —preguntó Tom.

—Creo que aún no comprende lo sucedido.

Tom dijo que estaba de acuerdo. Y agregó:

—Veremos cómo nos las arreglamos para cumplir la promesa que acabo de hacerle al señor Alexander.

Nadine sonrió, lo miró y dijo:

—Algo se nos ocurrirá.

Y salieron de aquel edificio, que se les antojaba una gigantesca sala de velatorios.

Capítulo 7

16 de febrero

Emanuel Franklin se frotó los brazos y maldijo mentalmente por no haberse traído una chaqueta más gruesa. Sus zapatos se hundían en la creciente capa de nieve sobre la calle y sus pasos provocaban un ruido áspero, uno de los pocos sonidos que perturbaban el silencio de la noche.

Venía de cumplir con su jornada en el bar local. Había sido un día tranquilo, en parte porque el clima disuadía a la gente de salir de sus casas: los inviernos nunca eran fáciles en Boston.

Emanuel se bebió una cerveza antes de irse. Dentro del bar, al abrigo de la calefacción, la había disfrutado mucho. Le sirvió para relajarse y poner un simbólico fin a las preocupaciones del día. Sin embargo, ahora sentía que la cerveza se le estaba transformando en hielo dentro del estómago.

En parte para distraerse del frío, pensaba en que en menos de una semana su novia cumpliría años y él todavía no sabía qué regalarle. Los hombres, se decía, no eran buenos para esas cosas. Quizá le pidiera ayuda a una amiga de ella.

Sí, daba la sensación de que no habría más preocupaciones, al menos hasta mañana.

Entonces, de repente, otro sonido acompañaba sus pasos broncos.

Y no era el ladrido de un perro ni el lejano motor de un coche.

De hecho, sonaba como si otros pasos persiguieran los suyos.

Emanuel acababa de doblar una callejuela. Volteó y no vio a nadie a sus espaldas.

Un tremendo dolor, fruto de un tremendo golpe, le reveló —demasiado tarde— que había mirado hacia el lado equivocado.

Y para Emanuel ya no habría más preocupaciones. Ni siquiera la del regalo para su novia.

Ninguna preocupación. Nunca más.

Capítulo 8

Tom contemplaba el cadáver de la misma manera en que un matemático observaría una fórmula de difícil resolución escrita en una pizarra. Para dedicarse a su oficio se necesitaba esa cuota de frialdad.

—Otro chico rico —dijo y chasqueó la lengua.

—Otro chico rico —repitió Nadine—. Otro que casualmente también caminaba solo, y de noche, por un barrio de gente trabajadora.

—El jefe tiene buen olfato.

—Sí, se vio venir que la primera muerte no era una cuestión azarosa, sino el principio de algo. Supongo que esa es la experiencia que da la edad.

—Este pobre muchacho no podrá averiguarlo nunca.

Tras las palabras de Tom, él y Nadine hicieron un segundo de silencio. Hasta que una voz familiar lo rompió:

—El muchacho tiene nombre, al parecer.

Jason Winthrop, que aún no se quitaba sus habituales guantes de látex, caminaba hacia ellos.

—Su nombre era Emanuel Franklin —terminó de decir.

Si bien no era tarea de Jason darles ese tipo de información a Tom y a Nadine, a menudo se tomaba la licencia de hacerlo antes que los oficiales, que se encargaban de limpiar la escena mientras los hombres de Jason buscaban evidencias susceptibles de ser analizadas en el laboratorio.

—Déjame adivinar —dijo Nadine—: otro chico bien.

—Sí, cualquiera lo advierte de un vistazo. Basta con ver su vestimenta y…

Jason se interrumpió. Tal vez estaba a punto de decir, por pura costumbre verbal, «su cara». Pero hubiese sido una involuntaria exhibición de humor negro. De la cara de Emanuel quedaba tan poco como, unas noches antes, había quedado de la de Joshua.

En cuanto a la vestimenta, no se requería de ningún Sherlock Holmes para advertir la procedencia social de aquel chico: usaba unos *jeans* de una marca famosa y carísima, y una chaqueta cien por ciento de cuero. Probablemente, la mayoría de sus vecinos necesitarían ahorrar un sueldo entero para comprar uno solo de esos artículos.

—¿Qué nos esperará al final de este macabro viaje? —preguntó Tom casi con entusiasmo—. ¿Estaremos ante una especie de Jack el Destripador que, en lugar de prostitutas, liquida ricachones?

—Si ese fuera el caso —observó Nadine—, este nuevo Jack elegiría un mejor lugar para matar ricachones. Por ejemplo, un barrio de ricachones.

—*Touché, madame* —dijo Tom.

—Bromas aparte —siguió diciendo Nadine, acercándose al cuerpo —, estos dos chicos tienen en común algo mucho más característico y complejo que pertenecer a la clase alta.

—Y eso es el hecho de que pertenecen a la clase alta —dijo Tom — y caminaban por barrios que, por así decirlo, no les correspondían. De hecho, Joshua directamente vivía aquí. Veremos si este también…

Con un ademán, Tom llamó a uno de los oficiales. Le preguntó si ya habían obtenido los datos de residencia de la víctima.

El oficial le confirmó lo que él ya sospechaba: el chico vivía en las cercanías, donde ahora solo quedaba su cadáver.

—Cuando averigüemos cómo hallarlo, creo que deberemos visitar a otro padre —dijo Nadine.

—También quisiera saber dónde trabajaba este chico. No me extrañaría, con las raras coincidencias que estamos viendo, que también se ganara la vida en algún local de por aquí.

—Estamos interrogando gente del barrio, detective Harrison —dijo el oficial, un chico que rondaría la edad de Emanuel o Joshua y que se dirigía a Tom con cierta reverencia—. Pronto le podremos dar esa información.

Desde su móvil, Nadine se conectó a la base de datos de la comisaría.

Tras un rato, y una considerable cantidad de teclas pulsadas, dijo

—Habrá que confirmarlo después en la base de datos central, pero creo que no tendremos suerte con el padre de este chico; aquí veo que su certificado de defunción fue extendido hace unos años.

—Igual, tampoco me hacía muchas esperanzas: no hubiésemos obtenido más de lo que obtuvimos hablando con el viejo Alexander. Ya no se trata de investigar las relaciones entre estos chicos y sus familias, sino de buscar conexiones entre ellos —dijo Tom y luego interrumpió a Nadine antes de que ella realmente hablara—. Sí, ya sé, sabemos que son dos chicos ricos que vivían y trabajaban en barrios modestos. Pero eso no nos llevará a ninguna parte por sí solo.

—Es cierto, incluso podía haber sido una casualidad —dijo Nadine y guardó su móvil—. Cierto que nosotros hemos sido entrenados para no creer en las casualidades, pero a veces suceden.

—El mundo es caótico —dijo Tom casi con melancolía.

—Creo que, ahora, lo mejor será volver a la comisaría y revisar en la base de datos principal. Además, y hablando de conexiones, no soporto las fluctuantes redes móviles.

—De acuerdo. Pero antes, si quieres, te invito a comer algo. Huelo desde aquí un aroma a chuletas, de esas que no se cocinan así de bien en los restaurantes caros.

Capítulo 9

Después de comer, y de vuelta en la comisaría, Nadine se concentró en la computadora. Tom, sentado a la mesa, miraba humear el infaltable café. Aunque, en realidad, estaba pensando.

Pero, por ahora, le faltaban muchos elementos. Era como intentar armar un rompecabezas sin piezas.

—Aquí hay algo interesante —dijo Nadine.

Tom ya era capaz de medir el entusiasmo en el tono de voz de su compañera: por cómo acababa de pronunciar esas palabras, había encontrado algo que podía ser importante, tanto como no.

Tom le preguntó de qué se trataba.

—Joshua y Emanuel asistieron a la misma escuela secundaria, La British International School of Boston. El problema es que…

—Casi todos los chicos ricos de la ciudad se repartían entre esa escuela y apenas un par más, que jugaban en la misma liga.

—Exacto.

—Sin embargo, sigue siendo algo en común. Y cuantas más coincidencias encuentra uno en un caso…

—Menos probable es que se trate de coincidencias azarosas.

—Así se habla, compañera. —Tom sonrío. Se puso de pie y, sosteniendo su taza, se acercó a la computadora para mirar la pantalla junto a Nadine.

—¿Crees que Joshua y Emanuel se conocieron? —preguntó.

—Probablemente. Tenían la misma edad y quizá asistían a las mismas clases.

—Deberíamos hacer unas llamadas a la escuela, o tal vez una visita y revisar sus anuarios.

—¿Y por qué no hacemos esa visita ahora mismo, compañero? —sugirió Nadine. Y ahora fue ella la que se puso de pie.

«La energía de la juventud», se dijo Tom contemplando a su compañera veinteañera. A él le hubiese gustado quedarse encerrado en la oficina al menos unos minutos más: recién venían de un viaje en coche y ya volverían a emprender otro.

Sin embargo, así era este oficio.

Tom le dio el último sorbo al café y caminó detrás de Nadine.

***

—Esto no parece la escuela británica —le dijo Tom a Nadine, los dos de pie ante la fachada del colegio—. Me recuerda, más bien, al Palacio de Buckingham.

Nadine lanzó una risa.

—No seas exagerado… Aunque no te niego que luce mucho mejor que la escuela a la que yo asistí.

—Pero tú fuiste una niña de escuela privada. —Sin aviso, a Tom le inundaban la cabeza oleadas de recuerdos—. Yo fui a una escuela pública y aprendí a convivir con la barbarie.

—Otro día me contarás tus anécdotas de veterano. Ven, llamemos a la puerta.

—¿Deberíamos arrodillarnos o tratarlos de majestad?

Nadine ignoró lo que consideraba un mal chiste y tocó el timbre.

***

En unos pocos minutos ya habían hablado con el director y conseguido —placas de Policía mediante— acceso a los anuarios de graduación. Preferían ese método a que la secretaria realizara una búsqueda informática. Después de todo, y teniendo en cuenta su edad, Emanuel y Joshua debieron de haberse graduado en el año

2015. Así que Nadine buscó directamente ese anuario, agachándose y pasando el dedo índice por los bordes de los libros que sobresalían de los bajos anaqueles. No quería perder el hilo.

Tom, que detestaba ese tipo de tareas, la esperaba de pie.

—Aquí está —dijo ella.

Y le mostró la tapa del anuario igual que un chico muestra a otro su regalo de Navidad.

—Ve a la página con las fotos de los graduados.

—Eres un genio, no se me había ocurrido.

Tom recibió con humor la ironía. Nadine pasaba ahora el dedo por las páginas. Y después por una en particular, una de las primeras.

—Bingo —dijo y le acercó la página a Tom, sin dejar de señalar sus hallazgos alternativamente con el dedo índice—. Estas son las jovencísimas caras de Joshua y de Emanuel, y debajo están sus nombres.

—Suerte que me lo dices, genia, o no lo hubiera advertido.

Nadine sonrió y le dio a su compañero una leve palmada en el hombro.

—Le sacaremos copia al libro entero. Quién sabe, acaso alguien…

—… Tenga algunas cuentas pendientes desde sus épocas de estudiante. ¿Un chico que ha padecido acoso escolar y al volverse adulto va matando uno a uno a sus antiguos victimarios? Vi ese argumento en varias películas de terror.

—Lo dices entusiasmado, como si fuese algo hermoso. A veces eres siniestro, Tom.

—En el fondo hay que ser un poco siniestro para dedicarse a nuestro oficio. Y tú lo sabes bien, estimada Nadine.

—Mejor volvamos a la oficina.

Capítulo 10

De vuelta en la comisaría, Nadine hojeaba las fotos del anuario. Joshua y Emanuel salían juntos, o muy cerca, en muchas de ellas, y los detectives llegaron a la evidente conclusión de que fueron compañeros muy cercanos. Aquella podía considerarse una coincidencia adicional.

Tom acababa de levantarse para hacer café.

—Debemos contactarnos con estos nombres —dijo Nadine—, ubicar a todos los que se hayan recibido en el año 2015. Quién sabe si no están en peligro.

Tom asintió mientras esperaba que la cafetera terminase su trabajo, aunque en realidad estaba perdido en sus pensamientos. En las diversas fotos del anuario —más allá de la tradicional página que mostraba el rostro de todos los graduados en ese curso— había observado algo llamativo, y recién en ese momento caía en cuenta de ese detalle.

Tom dejó a la cafetera trabajando y se acercó de nuevo a Nadine. Miró el anuario por encima del hombro de ella.

—Regresa de nuevo al principio —le dijo—. Quiero ver todas las fotos en las que aparecen Joshua y Emanuel.

Nadine sabía que su compañero tenía algo en mente, así que le dio gusto y regresó al principio.

Comenzó a pasar, lentamente, foto por foto. Miraba a Tom, esperando que él le dijera que pasara a la siguiente.

—No solo Emanuel y Joshua aparecen siempre juntos —dijo al fin Tom y señaló con el dedo índice, alternativamente, cuatro caras. Eran los rostros de chicos que aparecían cerca de ellos en muchas

de las fotos. Incluso en las que Joshua y Emanuel no estaban juntos, siempre estaban con alguno de esos otros cuatro. Por la actitud —expresión de bromear entre ellos o pasándose la mano por el hombro en un típico gesto de camaradería masculina— se notaba que los seis constituían un grupo de amigos.

Algo más que frecuente en la escuela secundaria, comentó Nadine.

—Es raro que solo dos chicos sean muy unidos —agregó—. Por lo general, se reúnen en manadas. —Nadine le lanzó a Tom una sonrisa irónica—. ¿No es así?

—Por lo que recuerdo de mis años de estudio, sí, es así.

—¿Tú pertenecías a una manada, Tom Harrison?

—Por supuesto, y era el jefe.

Terminado el breve «recreo mental», en el que se permitieron un par de bromas, los detectives volvieron a ponerse serios.

—Esos son los primeros chicos con los que nos debemos contactar —dijo Tom—. Fíjate cómo se llaman.

Nadine regresó a la página que retrataba a los graduados del 2015.

Poco a poco, con el dedo índice sobre el anuario como si se tratara de la pantalla táctil de un móvil, Nadine los fue reconociendo. Y a medida que encontraba los rostros buscados, enumeraba:

—Emilio García… James Hathaway… Gordon Laurent… y, el último, Robert Derringer.

Tom anotó los nombres. Después volvieron a revisar las fotos. Por supuesto que no aparecían todos juntos en cada una de ellas, pero sí que en todas coincidían, como mínimo, tres de ellos. Obviamente, en muchos casos la ausencia de los otros se

relacionaría con las circunstancias, como sucedía en los retratos «casuales» que el fotógrafo había sacado de los alumnos en el patio o entrando al aula después del recreo.

Sin embargo, en las fotos premeditadas y que requerían posar deliberadamente, siempre aparecían juntos. Todos.

Había fotos en las que no estaban ni Joshua ni Emanuel, pero sí se veía, por ejemplo, a Emilio García caminando al lado de Gordon Laurent, o a Robert Derringer comprando algo en el bufete mientras, según podía adivinarse por los gestos de los dos, James Hathaway le hacía algún comentario.

Difícil pensar que no se tratase de un grupo de chicos muy unidos.

El sonido de la cafetera avisó que ya estaba listo el brebaje que mantenía activos a Tom y a Nadine.

—Deja, voy yo —dijo Nadine.

Tom se sentó, apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos. Lanzó un suspiro también.

—Estos chicos constituían un grupo, y dos de ellos están muertos —dijo Nadine mientras llenaba las tazas—. Es probable que alguien los odie «como grupo».

—Aunque la prioridad es comunicarse con los demás miembros del grupo, quizá el resto de los antiguos compañeros puedan ayudarnos con esa cuestión.

Nadine le alcanzó a Tom su café y también tomó asiento. Hicieron silencio, durante un par de minutos, mientras dejaban que el café se enfriara un poco.

Sonó el teléfono.

—Deja, atiendo yo —dijo Tom.

Estiró el brazo hasta tomar el teléfono fijo: las comunicaciones policiales, salvo en casos de emergencia, no se realizaban a través de redes móviles. Cuestiones de seguridad.

Tom dijo hola. Y por la expresión de su cara, Nadine adivinó que se trataba de Nashville, el jefe.

Pero el gesto de su compañero insinuaba que en esa comunicación había algo más. Algo peor.

Tras unos segundos de silencio, escuchando lo que le decían del otro lado, habló Tom:

—Vamos hacia allá —dijo.

Y Nadine pensó que debería llevarse el café en un vaso de plástico con tapa.

Tom cortó y se quedó mirándola.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó ella.

—Otro cadáver. Ya lo han identificado, por eso el jefe nos llamó personalmente.

Nadine no preguntó de quién se trataba. La pregunta flotaba en el aire sin que nadie la dijera. Por eso, Tom la contestó:

—Es el cadáver de Gordon Laurent. Lo encontraron flotando en el puerto de la ciudad.

Capítulo 11

—Este maldito día no se termina nunca —exclamó Tom. Y Nadine reafirmó aquellas palabras con un gesto.

Los dos detectives caminaban por el borde del puerto. Una vez más, se dirigían a un cadáver. Aunque ya no había mucha posibilidad de llevarse una sorpresa.

Sí había culpa en los dos, que se lamentaban de no haberle podido avisar antes a Gordon.

Lo primero que harían al volver a la comisaría sería visitar a los otros chicos del «grupo de la foto», como Tom y Nadine los habían apodado. Se referían, claro, a Robert Derringer, James Hathaway y Emilio García. Se referían a los «sobrevivientes».

La mitad de ese grupo de la foto ya había muerto.

Tom y Nadine llegaron a donde estaba el cadáver. Una leve llovizna comenzaba a caer sobre el cuerpo helado de Gordon Laurent. No se había terminado de secar —se habría pasado unas buenas horas sumergido— y la naturaleza ya se dedicaba a mojarlo de nuevo.

«Un doble y horrible bautismo», se dijo Nadine.

Saludaron a Jason Winthrop con la amable sequedad con la que cualquiera saluda al vecino con el que se cruza todas las mañanas al ir al trabajo. Se veían seguido últimamente. Demasiado seguido.

***

De vuelta en el coche, Tom fue quien se ubicó en el asiento del conductor. Nadine le sugirió que fueran ya mismo a hablar con los familiares del resto del grupo de las fotos.

—Podríamos empezar por Emilio García —dijo mirando el bloc de notas en el que recogió la información disponible de los implicados —. Es el que vive más cerca de aquí.

—¿Y si vamos antes a visitar al padre de Gordon Laurent? Creo que nos quedaría más o menos de paso, si no recuerdo mal — sugirió Tom.

—¿No te parece mejor hablar antes con los García? Por el pobre Gordon ya no podremos hacer nada… Y recuerda que también debemos advertir a Derringer y a Hathaway.

—Sí, tienes razón, Nadine. Considerando el ritmo al que están siendo asesinados estos chicos, mejor no perder ni un minuto.

***

Ya habían salido de la zona del puerto y estaban en la carretera camino a la casa del joven García. Nadine observaba el GPS en su móvil para comprobar que Tom siguiera la ruta correcta, sin embargo, no era eso lo único que había podido observar.

Un coche —uno caro, de color negro y vidrios polarizados— aparecía y desaparecía en el espejo retrovisor del vehículo en el que viajaban Tom y ella. A veces se escondía detrás de otros autos, otras veces se mostraba con franqueza. Pero no había dudas de que no doblara en las mismas calles que ellos por casualidad.

Nadine ya no tuvo dudas, y comenzó a decirle a su compañero:

—Tom, creo que nos están…

—Nos están siguiendo, Nadine, sí. Yo también me percaté.

—¿Y piensas sorprenderlo con alguna maniobra para perderlo?

—No —dijo Tom. Y por la expresión de su rostro, Nadine supo que su compañero ya había decidido qué actitud tomar al respecto.

Tom esperó a que el perseguidor se pusiera justo detrás del coche de ellos, acto que él mismo le facilitó mediante algunas maniobras. Entonces frenó. Lo hizo con lentitud, para evitar un choque. Pero a la vez obligó a que el auto negro también se detuviera.

—Quédate adentro —le dijo Tom a Nadine, con ese tono paternalista que usaba a veces y que a ella le desagradaba, aunque sabía que él no lo hacía con malas intenciones.

Tom comprobó que su arma seguía en el estuche, encajada en su cinturón. Bajó del auto y cerró la puerta. Se acercó al coche negro. Caminaba con lentitud y seguridad.

—Buenas tardes —dijo con esa cordialidad intimidante a la que sabían apelar tanto los buenos policías como los más eficaces mafiosos—. Me llamo Tom Harrison. Soy detective de la Brigada de Crímenes Graves de Boston. Me gustaría saber quién es usted y por qué está siguiendo a mi vehículo.

Hubo unos segundos de incertidumbre. Tras la opacidad inescrutable del vidrio polarizado, Nadine adivinaba una vacilación de los conductores, aunque también temía que en lugar de vacilar se estuviesen preparando para un enfrentamiento. Así que ella decidió bajar también. Sin embargo, no caminó al lado de Tom, sino que tomó una posición más estratégica: al bajar, se quedó detrás del coche de Policía, con su arma en la mano, lista para apretar el gatillo si resultaba necesario hacerlo.

La puerta del auto negro comenzó a abrirse lentamente. Nadine aferró su arma con mayor fuerza y sintió que una gota de sudor le corría por la frente.

Capítulo 12

Un hombre canoso, de unos cincuenta años, se bajó del coche negro. Abrió los brazos como para demostrar que no buscaba problemas. Nadine se relajó, aunque solo un poco.

—Disculpe la persecución, detective Harrison —dijo el hombre—. Mi jefe sabe que no es un método demasiado elegante, pero es una situación desesperada.

—¿Y quién es su jefe? —preguntó Tom.

Nadine enfundó su arma. Ahora sí caminó hacia donde estaba su compañero y se paró al lado de él.

El extraño contestó la pregunta:

—Mi jefe es el señor Richard Derringer, padre de Robert. Leyó en los periódicos sobre los crímenes recientes, y sabe que ustedes están a cargo de la investigación. Los considera muy inteligentes y eficaces, y quisiera conversar con ambos. Desea estar enterado de la situación y aportarles lo que pudiera aportarles para resolver este terrible asunto.

Tom se pasó la lengua por la boca. Nadine advirtió que lo habían enojado las palabras de aquel sujeto.

—La Policía de Boston existe para proteger y servir a los ciudadanos, y con todo gusto resolveremos las dudas del señor Derringer. Sin embargo, él deberá esperar su turno, igual que cualquier otro ciudadano. Nosotros vamos hacia la gente, y de ninguna manera permitimos que la gente venga hacia nosotros. Si quiere llamarnos a la comisaría, que lo haga. Y, sin intención de ofenderlo a usted, la verdad es que preferiría que lo hiciera personalmente.

La respuesta de Tom había sido tan elocuente y tan firme que el empleado de Derringer no atinó a objetar nada. Trató de insistir y de excusarse, pero Tom lo volvió a cortar en seco:

—Que su jefe se comunique con nosotros, por los medios legales y habituales, y concertaremos una reunión.

Y, después de decir eso, le lanzó una mirada a Nadine. Los dos regresaron al coche.

***

—No sé qué demonios pasa con estos ricachones —dijo Tom mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—. Se creen que el universo entero es empleado de ellos. Si quiere una maldita reunión, que nos llame y que espere su turno, como lo haría un carpintero o el dueño de una modesta tienda.

—Son personas acostumbradas a que se haga su voluntad —contestó Nadine—. Son como chicos caprichosos, salvo que ellos no se limitan a someter la voluntad de sus padres o abuelos, sino la de miles o millones de personas.

—Pues no la nuestra. —Tom miró a su compañera—. Qué se vaya al diablo, después hablaremos con él. Cuando a nosotros nos parezca necesario, y no cuando se le dé la gana al señor Derringer. —Tom pronunció las últimas dos palabras con una irónica reverencia.

—Ese tipo seguro pertenecería a su seguridad personal —dijo Nadine—. No creo que envíe a su contador a perseguir a un coche de la Policía.

—El tipo sabía lo que hacía. De no haber estado atentos, se nos habría pasado por alto. De todos modos, su intención era llamar nuestra atención tarde o temprano. Pero, habiéndolo visto antes, le demostramos poder: ahora sabe que no podrá jugar con nosotros.

Nadine asintió en silencio. Y durante unos segundos los dos se quedaron callados —un breve y relativo remanso en medio de la tormenta, un momento en que solo se oyeron los ruidos del tráfico y del motor del coche—. Hasta que Tom volvió a hablar:

—Sospecho que los padres de estos chicos pueden tener algo que ver con este asunto.

—Supongo que no te referirás a que…

—No, no —se apresuró Tom a aclarar—. Por supuesto que no creo que ellos se hayan puesto de acuerdo para asesinar a sus propios hijos con días de diferencia, eso es absurdo.

—¿Entonces?

—Creo que los pecados de los padres pueden haber alcanzado a los hijos.

Nadine lo pensó un momento y dijo:

—¿Los hijos pagando los pecados de sus padres? ¿Esa es la idea del asesino?

—Los padres de estos chicos son empresarios, gente poderosa, y que ven a los demás como insectos. Los otros acaso no lo demuestren de modo tan abierto como Derringer, y no nos envíen a seguir por su gente de seguridad; pero sin duda todos deben de haber acumulado una interesante cantidad de enemigos, de gente que los detesta.

—No está mal, Tom, me gusta más que la idea del niño crecido que toma venganza por el *bullying* escolar. —Nadine sonrió—. Basta que uno de esos enemigos acumulados esté lo suficientemente loco y tenga los medios… —se interrumpió—. Sin embargo, me cuesta creer que una misma persona odie tanto a ese grupo de hombres,

justo a los padres de los chicos que a su vez constituían un grupo en el colegio.

—Sí, está lejos de ser una hipótesis perfecta —afirmó Tom—. Pero debemos ponernos en la cabeza de alguien con serios problemas mentales, porque el simple resentimiento no llevaría a una persona normal a convertirse en una especie de asesino en serie. ¿Qué crees que hay en la mente de un loco, Nadine? Nosotros nos hemos cruzado con más de uno…

Nadine miró a través de la ventanilla, como si quisiera despejar su propia mente.

—Creo que nunca sabremos lo que en verdad piensa esa gente, Tom, si es que al modo en que funciona su cerebro se lo puede relacionar con el acto de pensar tal como lo concebimos nosotros.

—Haz un esfuerzo. Ponte en el lugar de un sujeto, un hombre o acaso una mujer, que detesta a los ricos de un modo patológico. Quizá alguien que vivía cerca del colegio y se cruzaba con el grupo de la foto y con sus padres. Quizá uno solo de esos padres tuvo una mala acción directa para con él o la asesina, y sin embargo eso bastó para aumentar su resentimiento contra todos.

Nadine, con cierto esfuerzo, arriesgó una posibilidad:

—Tú eres el experto en perfiles psicológicos. Desde mi lugar de aficionada, diré lo siguiente: tal vez ese loco o loca hipotético crea que los hijos repetirán los pecados de los padres, y que por eso se los debe eliminar.

Tom asintió:

—Eso es más probable de lo que tú crees. No son pocos los asesinos seriales que creen estar haciendo un bien a la sociedad,

que se consideran a sí mismos servidores públicos, casi como los superhéroes.

—Hacen lo que nadie está dispuesto a hacer, limpian la escoria de la sociedad.

—Exacto. —Tom sonrió, como un profesor orgulloso de su alumna. Así como Nadine dominaba mejor que él otras áreas, como la informática o ciertos métodos sutiles de interrogatorio, él era un experto en el trazado de perfiles y en la especulación teórica que realizaba partiendo de ellos—. Nadie nos ha negado que el famoso Jack el Destripador se viera a sí mismo como un héroe que limpiaba a Londres de las prostitutas. O las pecadoras, si lo pensamos desde un punto de vista puritano, bastante propio de aquella época.

—La mayoría de la gente —dijo Nadine, a quien se la notaba envalentonada por las felicitaciones de su compañero y hablaba con más seguridad—, por espantosos que resulten sus actos, cree estar haciendo las cosas bien. Nadie se ve a sí mismo como una terrible persona, salvo que hablemos de villanos de folletín.

—Es así como dices.

Otra vez hubo unos segundos de silencio. Nadine los aprovechó para consultar el GPS y comprobar que seguían viajando por la ruta correcta.

La detective volvió a mirar a través de la ventanilla: pensó en el misterio que cada ser humano constituía por sí mismo, en las historias que cada uno encerraba dentro. Así debían de sentirse los habitantes de la Inglaterra victoriana, mirando a cada uno de sus congéneres y acaso preguntándose si detrás de la civilizada fachada de uno de ellos no podía esconderse el implacable escarpelo de Jack el Destripador.

Tom, que también había estado reflexionando —aunque enfocado en la resolución de este caso particular—, dijo:

—Quizá lo cierto es que todavía nos falta mucho para acercarnos a la verdad. Veremos si tenemos suerte y el señor García se encuentra en casa para recibirnos. Quiero, al menos, verle la cara, escucharlo hablar, saber de qué modo ha reaccionado a las muertes de los otros, de las que seguro debe de estar enterado ya. Tú sabes cómo es este oficio, siempre puede aparecer un indicio donde menos nos lo esperamos.

Nadine asintió.

Y siguieron su ruta.

Capítulo 13

Cuando Tom se bajó del auto y vio la imponente fachada de la casa del señor García, pensó —exagerando bastante sus conclusiones, acaso por el deslumbramiento— que no reuniría el dinero para comprarse una casa así ni siquiera juntando todos los salarios de su vida.

Nadine, por otra parte, se dijo que le gustaría vivir algún día en una casa semejante a esa, quizá ya casada, con hijos, un coche familiar y una mascota. Claro que no solía compartir esos pensamientos con nadie de la comisaría, ni siquiera con Tom. Trabajaba en un ámbito que, si bien se había modificado durante las últimas décadas, todavía seguía considerándose «de hombres», de hombres pretendidamente duros. Por eso ella proyectaba una imagen más bien fría, algo cínica incluso. Era un modo de compensar la debilidad que algunos, aun si no lo confesaban, todavía insistían en atribuirles a las mujeres.

A la fachada de la casa propiamente dicha la antecedía un extenso jardín. Un rottweiler enorme y de aspecto fiero, incluso para los estándares de su raza, miraba a Tom y a Nadine desde la lejanía de su caseta. Una lejanía relativa que un animal como ese podría sortear en unos pocos segundos si se lo propusiera.

—¿Quieres que te regale una mascota así para tu cumpleaños? —bromeó Tom con Nadine.

—No me vendría nada mal para cuando quiera echar a algún hombre de mi casa — contestó ella.

Tom fue quien tocó el timbre. Por las dudas, no le sacaba los ojos de encima al perro, que seguía expectante.

—Parece bien adiestrado —dijo Nadine.

Tom asintió con la cabeza:

—A la orden de su dueño se abalanzaría contra nosotros. Y si no nos alejáramos a tiempo de la reja, quizá podría darnos un buen bocado.

Una voz de mujer atendió por el portero eléctrico. Era una voz dulce y atenta que contrastaba con la permanente amenaza del rottweiler:

—¿Quién es?

Tom se presentó y anunció también a su compañera.

—Ya los atiendo, detectives —dijo la voz a través del intercomunicador—. Aguárdenme, por favor.

Tom y Nadine se miraron el uno al otro: había en esa situación un ligero desconcierto, algo difícil de explicar.

Esperaron un par de minutos hasta que se oyó, lejano, el ruido de una llave. Una mujer de altura y contextura medias, que a esa distancia aparentaba unos cincuenta años, salió por la puerta. Al caminar se balanceaban sus largos rulos color castaño claro.

La mujer acarició al rottweiler como si se tratara de un inofensivo caniche.

Nadine le dijo a Tom:

—Cuando entremos, intenta hacerle lo mismo tú, a ver qué sucede.

—Gracias, colega, pero yo soy más amigo de los gatos. Te cedo el honor a ti.

Nadine sonrió. La mujer ya estaba girando la llave en la puerta de la reja. Antes de terminar de abrir, les dijo:

—Es una suerte que hayan venido, detectives, les agradezco mucho.

Tom y Nadine respondieron que era su deber y pasaron. Nadine dijo:

—Disculpe, y usted es…

—Oh, cuánto lo siento —dijo la mujer—. Qué torpe soy, no me he presentado. Soy Ana García, aunque pueden llamarme Anita, así me llama todo el mundo, desde mi marido hasta mi peluquera.

Lo de la peluquera no lo había dicho con jactancia, pensó Tom, sino con la naturalidad de la persona acostumbrada a vivir con mucho dinero y que cree que todas las amas de casa van a la peluquería cotidianamente. Se acordó de su madre: la habría visto dos o tres veces en su vida con peinados elaborados, hechos en peluquería, y siempre para un casamiento o alguna ocasión muy especial.

Tom y Nadine caminaban por un angosto y límpido camino de baldosas doradas, flanqueado por el césped y las plantas del jardín. Ninguno de los dos pudo evitar posar la mirada inquieta en el gigantesco perro, que los seguía mirando igual que cuando estaban afuera.

—No se preocupen —dijo Anita García, que evidentemente se había dado cuenta de la incomodidad que aquella bestia provocaba en ellos, y que provocaría en cualquiera con un mínimo sentido de la autopreservación—. Sé que Tommy luce imponente y atemorizante, pero es incapaz de hacerle daño a nadie, salvo que se trate de defender a algún miembro de la familia, o que nosotros se lo ordenemos.

Nadine se dijo que eso último —lo de «nosotros se lo ordenemos»— había sonado a familia mafiosa. Sin embargo, al igual que Tom, consideraba que la señora Anita decía las cosas de un modo espontáneo e inocente, sin segundas intenciones. Al menos eso era lo que aparentaba.

No obstante, el oficio detectivesco les había mostrado a ella y a su compañero, repetidas veces, que aquello de no juzgar por las apariencias era más que una simple frase. A veces uno terminaba moviéndose en un mundo en el que todos eran culpables hasta que se demostrara que eran inocente, más allá de que la ley dijera lo contrario.

—¿Está su marido? —preguntó Tom, que al fin había conseguido dejar de mirar al perro, y al fin se concentraba en lo que debía hacer.

—No, en este momento no se encuentra en casa. Pero no se preocupen, yo podré darles toda la información que ustedes necesiten.

El camino de baldosas doradas se terminó. Anita García abrió la puerta del interior de la casa y los tres entraron.

Capítulo 14

El interior de la casa, se dijo Nadine, no desentonaba con lo que Tom y ella se encontraron afuera: se trataba de una vivienda amplia y exquisita.

La pareja de detectives caminó por el comedor antes de entrar a la cocina. La señora García les dijo que allí estarían más cómodos. Tom pensó que se conformaría con vivir en un apartamento que tuviese el tamaño de esos dos ambientes juntos, compra que se hallaba fuera de sus posibilidades. Sin embargo, el comedor y la cocina estaban lejos de agotar la extensión de aquella casa, a la que a simple vista uno podría sospechar interminable.

Nadine no quería imaginarse cuánto ganaría el señor García por mes. Probablemente mucho más de lo que ella ganaba por año.

Aunque consideró que resultaría más interesante saber cómo lo ganaba. Vale decir, cómo lo ganaba «realmente», más allá de su declarada profesión. Uno no tiende a aceptar que se pueda ser a la vez rico y honrado, y menos cuando se trabaja a diario en el Departamento de Policía y se encuentra con la horrible verdad de la naturaleza humana más a menudo de lo que se desearía.

Llegaron a la cocina. Había dos altas sillas de base redonda, al estilo de las que se encuentran en los bares. Con su rara inocencia —su desdén inconsciente por las reglas de urbanidad y las convenciones, que, lejos de toda rebeldía, sin duda se debía a su alejamiento de la vida fuera de esa casa de muñecas gigante—, Anita los invitó a sentarse en esas sillas, como si no la estuviesen visitando un par de detectives, sino un par de compañeras de algún curso de decoración o para preparar cocteles. Tom y Nadine se

sentaron, y al instante intercambiaron una rápida mirada, divertidos ante la actitud ligera de la mujer. Al fin y al cabo, venía bien variar un poco: ya estaban hartos de interrogar a sospechosos turbios y a víctimas compungidas. Eso era más original y refrescante, una versión excéntrica de la excentricidad de los ricos.

—¿Les apetece un café, detectives?

Ellos aceptaron, por supuesto.

—No estamos aquí para realizar un interrogatorio formal —dijo con voz muy calmada Tom, que esta vez prefirió ser él, en lugar de Nadine, el responsable de romper el hielo—. Solo estamos aquí para hacerle un par de preguntas sobre Emilio.

El nombre de su hijo pareció ser una especie de palabra mágica —en el sentido más oscuro de lo mágico— para los oídos de la señora García. Ella estaba dándoles la espalda a los detectives cuando Tom la pronunció; sin embargo, los dos pudieron advertir un breve estremecimiento mientras Anita estiraba las manos hacia la alacena, en busca del café. Un ligero temblor en la espalda y un segundo de inmovilidad.

Con mano algo temblorosa, la señora García tomó el frasco de café y lo depositó sobre la mesada. La mesada estaba limpia y resplandeciente, igual que toda la casa: al entrar, Nadine había pensado que mantener aquel nivel de aseo sería algo imposible para una mujer que debiera encargarse ella misma de limpiar a diario, y más aún en una casa tan grande. Esa pulcritud de cuento de hadas, y la actitud de Anita, pareció quebrarse en ese momento, a pesar de que la casa seguía tan bella y tan limpia como siempre. La mujer, con expresión visiblemente incómoda, se dio vuelta para mirar a los detectives y, con su brusco movimiento, a punto estuvo de tirar al

suelo —de exquisito mármol— una de las tazas de porcelana en las que vertería el café.

Tom se dijo que siempre había mugre debajo de la alfombra. Ninguna casa es del todo limpia, y ninguna persona, del todo simpática, amable o feliz. Por algo en esa casa de muñecas los dueños tenían adiestrado a un perro feroz. Por algo la sonrisa que Anita intentaba sostener ahora le temblaba en los labios, amagaba a convertirse de un momento a otro en una mueca deforme:

—¿Sobre Emilio? —dijo tras un minúsculo balbuceo—. Pensé que venían a hablar sobre los otros chicos… Quiero decir, sobre Joshua y Emanuel. Supe lo que les sucedió, y hasta estaba esperando que ustedes vinieran a hablar con nosotros. Pero no esperaba que quisiesen hablar sobre mi hijo.

—Sí, por supuesto que hablaremos sobre Emanuel y Joshua —intervino Nadine con el más empático de los tonos, intentando que la señora García no se pusiese a la defensiva y les dificultara a ellos la interacción—. Mi colega quiere decir que hablaremos de la relación que Emanuel tuvo, o tenía con ellos, y también quisiéramos preguntarle por otros chicos…

—¿Qué otros chicos? —respondió Anita, que no daba señales de regresar a su actitud anterior.

Nadine se lo aclaró rápidamente:

—¿Sabe si Emilio era amigo o al menos conocía a Robert Derringer y James Hathaway también?

Por supuesto que Nadine ya conocía la respuesta. Sin embargo, y a pesar de su juventud, su experiencia como interrogadora le había enseñado que no siempre se formula una pregunta para averiguar la

respuesta. A veces se formulan preguntas para conocer al interrogado a través de esas respuestas.

—Sí, claro que sí —contestó Anita García—. Robert y James entraban y salían de mi casa a cada rato, igual que Emanuel y Joshua. Cuando volvían de clases, cuando se juntaban a la tarde y también a la noche, para salir a divertirse. Se la pasaban juntos todo el raro. Mi marido bromeaba al respecto: decía que instalaría una puerta giratoria en la casa para no tener que estar abriendo y cerrando un millón de veces siempre que uno de ellos nos tocaba el timbre. Todos muy buenos chicos. Claro que se trataba de eso, de una simple broma. Emilio visitaba también la casa de cada uno de los otros chicos. Muy buenas personas, igual que sus padres. Sí, toda gente muy amable…

Tom se dijo que la señora García había pasado la prueba de la sinceridad. O, al menos, la primera de ellas.

Ahora miraba hacia el suelo —hacia el límpido y exquisito suelo, como si allí se reflejara alguna vieja película. Parecía haberse quedado paralizada, procesando algún recuerdo de esos años pasados que ahora regresaba de golpe.

—Todos muy buenos chicos —repetía Anita, atorada como un disco viejo—. No puedo creer que Emanuel y Joshua hayan sido… Que ahora estén… —De pronto pareció recordar que dos detectives estaban en su casa, y regresó al presente—. Disculpen, ¿cuántas cucharadas de azúcar me dijeron que querían con el café?

Tom dijo que ninguna, y Nadine pidió una sola.

Tom tuvo un instante de sobresalto al posar la vista en la ventana. Hubiese jurado que allí acababa de aparecer el hocico

amenazante del perro. Y, sin embargo, aquello resultaba imposible: el rottweiler estaba atado en el jardín, lejos de ellos.

Pensó que estaba trabajando demasiado, o quizá consumiendo demasiada cafeína.

Capítulo 15

Anita García les confirmó lo que ellos ya sospechaban: Joshua Alexander, Emanuel Franklin, Emilio García, James Hathaway, Gordon Laurent y Robert Derringer constituyeron un grupo aparte dentro del grupo de estudiantes del exclusivo colegio al que asistieron. Claro que ella no iba a decirles que se trataba de una especie de élite dentro de la élite, un subgrupo conformado por aquellos que más dinero tenían entre todos esos chicos adinerados.

Ahora Tom y Nadine estaban en el coche, emprendiendo el regreso hacia la brigada. Nadine se había puesto al volante:

—La señora García dijo que no se le ocurría quién podría querer hacerles daño a los chicos —recordó—. Es lógico, se trata de su hijo y de sus amigos, y ella los idealiza como si se trataran de ángeles del cielo. Pero yo apuesto a que alguien puede haber reunido el resentimiento suficiente contra ellos como para llevar a cabo esta locura. Al fin y al cabo, sería demasiada casualidad que comenzáramos a encontrarnos con los cadáveres de uno y de otro, y que se tratara de asesinatos desvinculados entre sí.

—Un nivel de casualidad inconcebible —dijo Tom—. Por otra parte, que uno de los exalumnos de esa escuela, con el dinero que tenía hasta el menos pudiente de ellos, se sintiera resentido…

—Es una idea rara, sí, lo mismo pensé yo.

—Sería hasta gracioso si no fuese porque, en realidad, resulta lamentable. —Tom miró a su compañera con expresión amarga—. Y lo peor es que está muriendo gente a causa de ello, que suena como una broma de mal gusto.

—Sí, Tom, aunque todavía no podemos asegurar que el resentimiento sea el móvil de los asesinatos.

Tom asintió. Miró hacia el frente, reprimiendo un suspiro.

—El odio y la locura atraviesan todas las clases sociales —dijo Nadine—, igualan a las personas entre sí. Poseídos por la furia o la demencia, un hombre rico o pobre, culto o inculto, joven o con experiencia, reaccionan más o menos igual. Tú te dedicas a realizar perfiles psicológicos, y te has topado con mucha gente así; deberías saberlo mejor que nadie.

—Es cierto. —Tom miraba por la ventana—. Nada más democrático que la capacidad de cometer actos más terribles: agazapada allí, en el hondo y oscuro interior de cada ser humano, la demencia está lista para emerger ante el estímulo correcto. A veces la gente se vuelve loca simplemente porque se halla en el peor lugar y en el peor momento, y algo terrible le sucede.

Hubo otro instante de silencio. Nadine preguntó:

—¿Crees que tenga algo que ver el hecho de que tanto Joshua como Emanuel fuesen chicos ricos con empleos en barrios de clase trabajadora?

—Se me cruzó por la cabeza —contestó Tom—. Quizá alguien que estaba becado en la escuela, o había accedido a ella mediante mucho esfuerzo, se sentía marginado de ese club de ricos que componían los chicos.

—O un club de «los más» ricos, diría yo.

Tom asintió y siguió desarrollando su pensamiento:

—Tal vez a ese alguien no le cayó bien que Emanuel y Joshua pretendieran invadir también su territorio natural.

—Él o ella los expulsaría de su club de pobres igual que ellos le impidieron entrar a su club de ricos.

—Sí, aunque en este caso la marginación se llevaría a través de los más drásticos medios.

—Entonces… —Nadine miró a Tom, aprovechando que acababan de detenerse ante un semáforo en rojo—. Cabe la posibilidad de que los otros, que se han quedado en sus barrios de lujo, no sean atacados.

—Es posible. Casi todo es posible. Sin embargo…

—No por eso nos vamos a quedar de brazos cruzados, lo sé.

***

Llegaron a la comisaría, y a su oficina de trabajo. Nadine abrió la tapa de la computadora portátil, que esperaba sobre la mesa, y se puso a apretar las teclas:

—Tom, por favor, alcánzame las copias del anuario que pedimos en el colegio.

Tom abrió uno de los cajones del escritorio y le sacó el grueso folio rebosante de papeles.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó a su compañera mientras se lo alcanzaba.

—Quizá haya algún candidato entre los alumnos, alguien que haya entrado al colegio gracias a una beca, como dijimos antes.

—Un *outsider*, alguien que no perteneciese a la clase social correcta.

Nadine asintió.

—Bien pensado —dijo Tom. Después observó que había un mensaje en el contestador. Pulsó la tecla de reproducir.

Una voz de hombre —una voz que intentaba mostrarse entera, pero que en el fondo temblaba de angustia— decía lo siguiente:

«Detectives, soy el padre de Robert Derringer. Los llamo para informarles que mi hijo ha desaparecido. Suelo tener una fluida comunicación con él, pero desde ayer a la tarde que me resulta imposible contactarlo a ninguno de sus números. Hablé también con sus amigos y conocidos, pero ninguno tiene la menor idea de dónde está. Les pido, por favor, que me devuelvan la llamada. Gracias».

Tom y Nadine escucharon en silencio. El clic que indicaba que la llamada terminó cayó como una guillotina.

—El asesino no pierde el tiempo —dijo Tom.

—Esperemos que no esté muerto.

—Yo espero lo mismo. Aunque lo dudo. —Tom se refregó los párpados—. Tal como se vienen dado las cosas, es probable que hallemos su cadáver en las próximas horas. Y, aunque no debe querer ni pensar en eso, el señor Derringer también lo sabe.

—Debemos ir a verlo.

—Sí. Esta vez ha hablado con humildad.

Hubo un silencio. Y Nadine habló en un tono íntimo, alejado de su tono habitual —casi como quien acaba de tomarse esa copa de más que le anula el pudor y le despierta la melancolía—. Le dijo a su compañero:

—Quizá en lo más hondo del corazón humano no haya solo oscuridad. Quizá el amor por un hijo y el dolor extremo de una pérdida también igualen a las personas.

Capítulo 16

—Creo que paso más tiempo de mi vida dentro de este coche que en mi propia casa —dijo Tom.

—Ya es un poco tarde para echar lágrimas —respondió Nadine, que esta vez ocupaba el asiento del acompañante—. Salvo que quieras retirarte y comenzar a trabajar como empleado en una oficina, y dedicarte a sacar copias y a preparar café.

—Nosotros sacamos copias a veces, como las que sacamos del anuario. Y no tomamos otra cosa que café.

—Sí —afirmó Nadine con una sonrisa, dándole la razón a Tom—, pero no te olvides del glorioso momento en que conseguimos apresar a los malos. —Miró el GPS del móvil—. Debes doblar aquí, a la derecha.

Tom dobló. Se dirigían, por supuesto, a la de seguro lujosa casa de Richard Derringer. Le dijo a Nadine:

—Te apuesto el almuerzo de mañana a que el castillo de Derringer padre es incluso más fastuoso que el del señor García.

—Hecho —contestó Nadine casi sin pensarlo.

Comprobó la dirección en el móvil, y sí, aquella magnífica fachada a la que ellos se estaban acercando era la de la mansión de los Derringer.

Aunque cuando bajaron del coche y se acercaron a pie, la impresión de los detectives cambió por completo: más que una mansión, aquella gigantesca estructura se asemejaba a una fortaleza. Las paredes blancas y altas parecían apenas respirar a través de unas ventanas en forma de ojiva —añadían a la casa un aire tradicional que contrastaba con la moderna construcción del

conjunto—. Esas pocas ventanas se encontraban cubiertas en ese momento, y uno podía intuir que debían de mantenerlas así durante la mayor parte del tiempo. Tom sospechó —a la distancia no podía asegurarlo— que las persianas que las cubrían no eran de un material común, sino que contaban con algún tipo de blindado.

—Derringer no parece ser de los que viven tranquilos —dijo Nadine.

—Supongo que ese es uno de los pocos problemas de tener mucho dinero —respondió Tom.

Los dos miraban hacia arriba, contemplando aquello. Más allá de una natural y ambigua admiración, Tom consideraba que la casa donde vivía una persona —así como el coche que manejaba—decía mucho acerca de ella. A menudo, los hombres acostumbrados a ocultar o a mentir con las palabras resultaban incapaces de hacerlo con los gestos. Y entre esos gestos se encontraba el de decidirse a comprar determinadas cosas; más allá de que el común de la gente tuviese límites y a menudo comprara lo que podía y no lo que quería.

Claro que ese no era un inconveniente que el señor Derringer padeciese. En su excepcional caso, todos los objetos que lo rodeaban podían interpretarse como una «extensión de su deseo y de su propio ser». En ese sentido, los ricos eran más fáciles de entender a través de sus gestos y posesiones. Aunque, por otra parte —y más allá del entrenamiento y los estudios que había realizado—, a Tom le costaba mucho más meterse en la mente de una persona así. Ellos veían el mundo con otros ojos. Como le dijo una vez un amigo suyo: los hombres ricos y poderosos se sienten como un martillo, y contemplan a los demás como simples clavos.

Un enrejado negro y extenso constituía el otro «pulmón» por el cual la casa podía respirar, y que la diferenciaba de una enorme bóveda blanca. Daba toda la impresión de ser la salida de un estacionamiento. Nadine se imaginó al señor Derringer recorriendo su colección de coches de lujo, eligiendo cuál usaría el día de hoy.

Se acercaron a la puerta, no tan imponente como el resto de la casa.

Tom tocó el timbre. Advirtió que, arriba de la puerta, los apuntaba una pequeña cámara circular. Un ojo insomne que siempre los estaba mirando.

Capítulo 17

Nadie habló por el portero eléctrico. Sin embargo, la puerta se abrió.

Un hombre de unos cuarenta años, alto y fornido, los invitó a pasar. Era muy joven como para tratarse del dueño de la casa. Vestido con un elegante traje y mostrándoles una expresión seria, aunque educada, los invitó a pasar.

Lo más probable, se dijo Tom, es que fuese parte de la seguridad de la casa. Quizá el jefe de la seguridad. Si los García tenían un rottweiler, los Derringer no se quedaban atrás con sus «fieras humanas».

—El señor Derringer los estaba esperando, detectives —dijo.

Nadine pensó que, por lo regular, a nadie le gustaba demasiado una visita de la policía. Pero era la segunda vez en el día que escuchaban aquella frase.

Caminaron por un estrecho pasillo. Habrían dado unos quince pasos cuando llegaron al centro de la casa. Si el exterior se asemejaba a una fortaleza, Nadine se dijo que el interior recordaba más bien a una oficina o a una empresa, no a una casa en el sentido de un hogar. Siguieron caminando detrás del hombre de seguridad, pero no atravesaron ningún ambiente semejante a una sala de estar o una cocina. Se encontraban con puertas cerradas —no tenían modo de saber qué tipo de habitaciones dejaban ocultas— mientras caminaban por un aséptico y frío ambiente que recordaba a las salas de espera que deben padecer quienes van a buscar empleo. Había algunas sillas de plástico y un amplio escritorio resguardando a una secretaria que hablaba por teléfono y que ignoró a Tom y a Nadine. Ellos pisaban una alfombra azul, tan impecable como el resto de la

casa —o edificio de oficinas, que a fin de cuentas, eso era lo que más parecía ser—.

Al fin, una vez que dejaron atrás el escritorio y a la secretaria indiferente, el hombre de seguridad se detuvo ante una puerta más. Esta parecía ser la definitiva, la que custodiaba al gerente de la empresa, o al señor feudal de ese castillo.

Vieron salir de esa puerta a un hombre, que caminaba rápido y hablaba por un móvil, con gestos tan urgentes como sus pasos. No se trataba del dueño del castillo. Tom y Nadine no lo adivinaron por ninguna virtud deductiva, sino porque reconocieron al hombre que los había seguido antes, en el coche.

El sujeto les echó una rápida mirada, y en sus ojos hubo una breve sorpresa antes de que se volviese a concentrar en su charla. Sin duda, se acordaba de los detectives. En especial debía de acordarse de Tom.

—Por aquí, señores —dijo el otro hombre de seguridad, el que los había escoltado hasta esa puerta. Extendió la mano indicándoles que pasaran.

Y Tom y Nadine le hicieron caso. Una vez el otro les abrió la puerta, entraron al despacho del señor Derringer.

Capítulo 18

Ese mismo día, ya pasadas las diez de la mañana, Robert Derringer despegó los párpados. Lo hizo no sin un considerable esfuerzo: peleaba contra las legañas, que habían formado una sustancia pastosa que se los mantenía adheridos uno al otro.

Poco a poco comenzaba a ver, como a través de un vidrio empañado, el caos habitual de su casa en el centro de Boston. Posaba la difusa mirada sobre cada objeto y le llegaban recuerdos vagos, recuerdos que se asemejaban a fragmentos de películas flotando en el humo. Contemplaba la botella de vodka casi vacía, o la de tequila de marca legítimamente mexicana, y recordaba todo lo que se habían divertido anoche con sus amigos y las chicas. Sí, empezaron jugando a un juego de naipes, ya ni siquiera recordaba cuál —quizá ni lo supiese en ese momento—. Cada vez que uno perdía una ronda debía echar un trago largo. Al principio todos intentaban ganar, como resulta natural cuando se juega cualquier juego. Después todos querían ser los perdedores. La bebida, se dijo Robert, es un veneno dulce. Igual que con el sexo, cuanto más se tiene, más se desea.

Y además tenía un dolor punzante, una aguja invisible clavándosele en la cabeza.

«El precio del pecado», ironizó Robert para sí mismo, dentro de su mente aturdida y afiebrada. La resaca lo estaba matando, y aun así había valido la pena. Recordaba muy poco de anoche, pero si de algo estaba bien seguro era de que ese dolor de hoy había valido la pena.

Se atrevió a sacarse las sábanas de encima. El resabio del tequila y del vodka, y solo Dios sabe de qué otras bebidas, le quemaba en la lengua y le pegoteaba los labios. Una sed de fuego le crecía desde lo más profundo de su estómago y las agujas seguían pinchándole las sienes y la frente.

Se sentó en la cama. Necesitaba un vaso de agua y una aspirina. Los necesitaba urgente.

Se puso de pie y manoteó el teléfono móvil sobre la mesa de luz. La inercia de la costumbre lo habría hecho dejarlo allí, en su lugar, al terminar la delirante juerga de anoche. Reconoció en el piso una pieza de ropa interior que, a todas luces, no era suya: a Robert lo habían acusado más de una vez de excéntrico, pero no había llegado al punto de usar bragas color azul debajo de los pantalones.

Recordó el nombre de Marsha, la dueña de esa pieza azul. Recordó lo que él le había hecho en el baño, contra los azulejos. Recordó que, en un principio, había padecido ciertos problemas de… flacidez, por así decirlo.

—La parte mala de la bebida —dijo en voz alta, como para comprobar que su garganta todavía era capaz de emitir sonidos. «De haber tomado un poco más, quizá terminaba haciendo el ridículo. Pero a quién demonios le importa».

Por fortuna, tras esa inicial zozobra, Robert había conseguido recuperarse. Y tanto Marsha como él pasaron una noche aún mejor de lo que esperaban.

El celular se había quedado sin batería. Buscó entre el desorden el cargador. Atravesó bolsas de papas fritas que crujían bajo sus pies, tapas de cerveza, otra prenda de mujer que ni sabía a quién

pertenecía. No se trataba esta vez de ropa íntima, sino de una chaqueta rosa.

Encontró al fin el cargador. Conectó el celular. Tomándose las sienes con los dedos, arrastró los pies descalzos hasta la cocina. Se sirvió un vaso de agua y sacó una aspirina del primer cajón. La tomó sin excesivas esperanzas: como todo castigo divino, la resaca era insoslayable. No existía pastilla o brebaje milagroso que le ahorrara a uno los malestares tras una noche de diversión y bebida.

«Dios detesta que seamos felices», se dijo Robert con las manos apoyadas en la mesada.

Oyó que desde la habitación le llegaba el sonido de varias notificaciones seguidas.

Debía ser su padre, seguramente. Otra vez andaría con ganas de molestarlo por sus gastos y su mala conducta. Le daría el sermón que Robert ya se sabía de memoria, sobre el trabajo duro y que él debería aprovechar el haber nacido en cuna de oro. Le diría que no tenía ni la menor idea de cómo vivía la gente común y que por eso no sabía apreciar su suerte, y blablablá. Siempre el mismo rollo.

Caminó de nuevo a la habitación. Sostuvo el móvil en una mano, sin desconectarlo del cargador. En efecto, la mayoría de los mensajes provenían de su padre. No los leería ahora mismo, no estaba de humor. El alcohol de anoche ya implicaba suficiente padecimiento para su estómago, no quería que aquel discurso que él consideraba moralinas de un viejo le trajera más náuseas.

Había otro mensaje, uno de Marsha. Le decía que acababa de levantarse y se le rompía la cabeza, pero que la había pasado estupendamente con él.

Robert sonrió.

«Trabajo duro», se dijo, y su sonrisa se hizo más amplia.

Las mujeres, a veces, también eran un trabajo duro.

Robert le contestó mediante un audio —le dolía demasiado la cabeza como para ponerse a escribir—. Le dijo a Marsha que él también la pasó muy bien y que en el futuro deberían repetirlo.

En eso, oyó dos golpes a la puerta. Dos golpes duros, casi urgentes, que lograron sobresaltarlo.

¿Quién podría ser a esa hora? Él no esperaba a nadie.

Quizá fuera su padre. Quizá le había mandado esos mensajes para avisarle que iría a visitarlo por cualquier motivo, seguramente para molestar.

No se tomó el trabajo de revisar los mensajes. Prefirió caminar directamente a la puerta y preguntar:

—¿Quién es?

No hubo respuesta del otro lado.

Capítulo 19

Para cuando Tom y Nadine entraron a la oficina, Richard Derringer ya estaba de pie, mirándolos con unos ojos que se debatían entre el anhelo y la súplica. Tom se dijo que de haberse tratado de una reunión de negocios o de un interrogatorio buscado por ellos y no por él, acaso Derringer hubiese esperado a su futuro interlocutor sentado detrás de la mesa que había en aquel despacho, y con la espalda arrellanada en su sillón rojo. Apenas se habría levantado cuando el interlocutor ya estuviese cerca de él, después de haber recorrido un par de metros desde la puerta hasta la mesa, en esa amplia oficina. Tom se dedicaba a estudiar, entre tantas otras cosas, el lenguaje del cuerpo y apostaba que, aunque solo fuera por mera intuición, el señor Derringer sabría que ese tipo de actitudes y distancias establecían una determinada jerarquía de «poderes», lo situaban —al menos psicológicamente— por arriba de su contraparte negociadora.

Sin embargo, de ese hipotético Derringer —el que se imaginaba Tom— no quedaba ni rastro en ese momento.

Se acercó a ellos y les dio la mano, comenzando por Nadine.

—Gracias, detectives, les estoy enormemente agradecido.

Nadine se dijo que, o bien ese hombre era un actor impresionante, o en verdad se sentía conmovido y desesperado como pocas veces —acostumbrado a poseer el control— debió de haberse sentido en su larga y lucrativa existencia.

Con un ademán, Derringer los invitó a sentarse en las dos sillas dispuestas delante del escritorio.

—¿Desean tomar algo, detectives?

Tom y Nadine se negaron. Habían decidido, cada uno por su parte, que ya era demasiado café para un solo día, incluso para sus estándares.

El señor Derringer se sentó en su sillón. Lejos estaba de arrellanarse en él o mostrar una actitud distendida, por el contrario, arqueaba la espalda y acercaba el cuerpo a Tom y a Nadine.

Ese hombre, se dijo Tom, definitivamente suplicaba con todo el cuerpo: casi no hacía falta que pronunciara una sola palabra para expresar lo que quería.

Pero él no se conmovió, y dijo no sin cierto sarcasmo:

—Se habrá dado cuenta, señor Derringer, de que es bastante más fácil contactarnos mediante un llamado a la brigada.

Derringer pareció dudar durante un segundo, su expresión era de sobresalto. Hasta que, un instante después, comprendió:

—Sí, tiene usted razón, le debo una disculpa. Creo que la gente de seguridad que siguió al coche de ustedes malinterpretó mis indicaciones. Quizá están muy acostumbrados a solucionar las cosas de un modo… digamos, un poco invasivo.

—Disculpas aceptadas —respondió Nadine, con ganas de entrar ya en el verdadero tema. Ahora quisiéramos que nos hablara de su hijo. Nos contó en el mensaje que hace días que no habla con él, a pesar de que su comunicación suele ser frecuente.

Richard Derringer asintió.

—Bien —prosiguió Nadine—, me gustaría saber si, además de frecuente, la relación es cordial. Quiero decir, si no existen o existieron recientes discusiones entre ustedes. Algún cortocircuito que pudiera explicar la incomunicación por parte de su hijo.

Derringer miró hacia el techo y lanzó un suspiro antes de hablar.

—Les seré honesto, que para eso los llamé. Mi hijo y yo discutimos bastante a menudo. De hecho, lo anormal es que sostengamos una conversación sin cortocircuitos, como los llama usted.

Tom intervino:

—¿Y por qué motivos suelen discutir?

—Más que nada, por dinero. No porque yo ponga objeciones en dárselo, si hiciera un uso razonable de él, no habría problema. Pero Robert se lo gasta «todo» en fiestas, mujeres y bebidas. Yo le digo que me parece muy bien que se divierta, que es joven y si no lo hace ahora, ¿cuándo lo va a hacer?

—Pero… —dijo Nadine.

Derringer sonrió por primera vez desde que ellos habían entrado:

—Pero la vida, tal como sabe cualquier persona más o menos madura, no se reduce a eso. Mi hijo, se imaginarán, es un chico al que nunca le faltó nada. Desde que era un bebé recibió las mil y un atenciones, especialmente de mi mujer, con la que también solía yo discutir porque ella lo malcriaba demasiado. Sin embargo, y como contrapeso, yo siempre traté de que a él le faltara al menos «alguna cosa». Traté de privarlo de ciertos lujos, incluso si yo podría habérselos dado sin ningún problema.

—Quería que él conociera el verdadero valor del dinero —dijo Nadine.

—Del dinero y del esfuerzo. Mi padre hizo eso por mí, y yo quisiera hacerlo por Robert. Pero creo que fracasé, no sé si porque fui menos hábil que mi padre o porque mi mujer sin quererlo me boicoteó durante los años de crianza, o simplemente porque esta es otra generación: una generación de chicos que no quieren sudar ni

media gota, que se creen con derecho a todo por el solo hecho de haber nacido. Como si nacer tuviese algún mérito. Estos chicos de ahora consideran que ese hecho tan universal, el de haber nacido, les da derecho a todo.

Tom no pudo evitar experimentar cierta simpatía ante aquellas palabras de su interrogado, incluso si —teniendo en cuenta la edad de cada uno— un par de generaciones lo separaran de él.

Pero el mundo, se dijo después, siempre fue y siempre seguiría siendo igual: quien contaba con la riqueza suficiente la pasaba bien y se divertía; y a quien no tenía recursos solo le quedaban las opciones de sufrir en silencio, esperar un milagro o convertirse en delincuente.

En el fondo, todas las estrategias aleccionadoras que los padres de estos jóvenes pudieran pergeñar jamás pasarían de meros simulacros. Robert Derringer y otros, por más que los mandaran a jugar a que eran «gente común» y a realizar trabajos típicos de esa gran mayoría no millonaria, sabrían que papá estaría disponible en cualquier momento para salvarlos. No padecerían la angustia real de quien duda de si llegará a fin de mes. Había una enorme y acolchonada red bajo su soga de acróbata.

Al fin y al cabo, ¿cómo podría un chico rico, al que nunca se le ha negado nada, aprender qué tan cruel es capaz de ser el mundo con sus criaturas?

Capítulo 20

Por atontada que estuviese su mente, Robert sabía que no había engañado a sus sentidos: de verdad acababa de oír un par de golpes a la puerta.

Pero nadie respondió cuando él preguntó quién era.

—Al diablo —dijo, otra vez hablando en voz alta, con su carrasposo timbre de resacoso. Lo incomodaba el silencio, y mucho más ahora que se combinaba con el olor a bebida que emanaba de su propio cuerpo y de las botellas semivacías sobre la mesa. Silencio, hedor… Algo fúnebre había en esa mezcla.

Pero… ¿por qué se le venían a la cabeza esas ideas tan absurdas?

Acaso para compensar las asociaciones oscuras, pensó en Marsha, en el sabor de su sexo, que le había quedado en la yema de los dedos; en la saliva de sus labios, que todavía Robert podía paladear en los suyos junto al dulce veneno del *whisky* y el vodka.

—Esto es vida —dijo. Y su voz todavía retumbaba en el silencio de la casa—.Es como si fuera un eco de iglesia —volvió a decir, y no se le escapaba la ironía de la comparación.

Regresó a la cocina y puso a calentar agua para hacerse un café.

«Toc, toc».

Otra vez, un par de golpes a la puerta. Había sonado de modo idéntico a los anteriores.

—Maldita sea. ¿Quién es el que se quiere hacer el gracioso?

Robert volvió a caminar hacia la puerta y volvió a preguntar quién era con voz alta y clara.

De nuevo no hubo respuesta.

—Vete al diablo, imbécil —gritó sin saber si realmente había alguien del otro lado para oír sus insultos—. ¿Tan miserable es tu vida que no tienes otra cosa que hacer salvo venir a molestarme?

Y apenas terminó de hablar se le ocurrió que acaso podría tratarse de algún niño, haciendo una broma digna de su edad.

—Bueno, si es un maldito niño, será que mi padre tiene razón y las generaciones van de mal en peor. Aunque me cuesta imaginarme una generación peor que la de él y los viejos carcamales que tiene por amigos y socios.

Robert festejó su comentario con una risa, la que pronto se convirtió en una cadena de toses espasmódicas.

Volvieron a sonar los dos golpes. Ahora sí, estaba justo frente a la puerta y podía asegurar que no eran ideas suyas ni se estaba confundiendo con otro sonido.

El ataque de tos se detuvo al fin. El alcohol de anoche parecía revolvérsele en la garganta a la manera de un horrible licuado.

—Maldita sea.

Sacó la llave de donde la colgaba. Se acercó hacia la puerta, casi corriendo, y abrió de par en par.

Tal como se imaginaba, no había nadie.

El único que estaba allí ese mediodía era el sol. Un sol pálido y a la vez potente, era difícil de explicar… Las cuchilladas de luz le entraron a Robert por los ojos y se le metieron a la cabeza.

Dio un portazo. Le seguían llegando vagos recuerdos de anoche, como pedazos de películas al azar. Cuanto más recordaba, más variedad de tragos recordaba haber probado. Uno de los chicos se había puesto a experimentar con los cócteles. Eso explicaba la licuadora completamente manchada que Robert acababa de ver, y

que vaya uno a saber por qué curiosos motivos había terminado sobre la alfombra del suelo.

—Deberé pagarle un extra a Eduarda para que limpie este desastre.

Cuando sucedían, o más bien él «hacía suceder» esas cosas, Robert pensaba en su empleada doméstica como una especie de ángel de la guardia que convertía el caos en orden. Él la llamaría, se iría a pasear por ahí durante unas horas y al volver, por arte de magia —o por arte de Eduarda—, todo estaría perfectamente impoluto, listo para recibir alguna otra fiesta.

«Toc, toc».

Otra vez los golpes.

—Maldita puerta… —dijo Robert entre dientes.

No abriría de nuevo, solo para comprobar que no hubiera nadie del otro lado y darle gusto al estúpido bromista, no. Ya se lo estaba tomando de manera personal, y Robert pensó en una mejor estrategia: dado que el otro no podría ver lo que él hacía adentro, ni en qué lugar de la casa estaba, se quedaría agazapado a un costado de la puerta, con la espalda apoyada contra la pared. Algo semejante a lo que hacen los policías al irrumpir en una morada ajena, salvo que —en este caso— él lo haría desde adentro porque era el dueño de la morada.

Así que caminó de nuevo hacia la puerta y se puso allí donde lo había planeado. Una sonrisa se le dibujó en la cara: la situación era absurda, y por eso mismo le divertía. Y también le divertía imaginarse por anticipado la cara que se le pondría al chiquillo o al imbécil que hoy se había levantado con ganas de bromear cuando él

lo sorprendiera, abriendo la puerta al instante y sin darle tiempo para huir.

Tratando de no hacer ruido, por si el bromista se hallaba cerca y al oír el giro de la llave fuese capaz de deducir que él planeaba una emboscada, Robert dejó la puerta lista para abrirla solo con un empujón. Quién sabe, quizá bastaran los golpecitos para ahorrarle a él el trabajo de abrirla. Peor sorpresa aún se llevaría el tipo que se dedicaba a importunarlo.

Robert debió de esperar un par de minutos. Justo cuando se le estaba ocurriendo que aquello era una tontería —quizá un efecto de la resaca— y que lo mejor sería regresar a la cama, volvieron a sonar los dos golpes secos.

Robert se lanzó hacia la puerta con la agilidad de un tigre.

La abrió y sacó medio cuerpo fuera de la casa.

Frente a él no había nadie. Sin embargo, su visión periférica le reveló una figura difusa y negra —vestida de negro, quizá— ubicada a su costado.

—Te tengo —dijo al mismo tiempo que giraba para mirar al bromista.

Un dolor punzante le quemó la garganta, y sintió que se le cortaban el aire y la voz. Además del ruido crujiente de su propia carne rasgada, oía una respiración espasmódica, casi de placer. Provenía de aquella figura negra, cuyo cabal aspecto Robert no alcanzaría nunca a contemplar.

Se desplomó. Por puro instinto se llevaba las manos a la garganta, pero era como intentar detener la fuga de una cañería con una banda adhesiva. Apenas le quedaba lucidez para entender lo que le estaba pasando. Entendió que la tibieza pegajosa que sentía

en las manos era la de la sangre, la misma sangre negruzca que ahora manchaba el suelo.

Robert entendió que se moría.

Y se dijo que su entera vida había sido una fiesta, sí. Y entendió también que toda fiesta —al fin y al cabo— en algún momento debía terminar.

Capítulo 21

—¿Está seguro de que ya intentó encontrar a Robert en todos los lugares posibles? —dijo Nadine al señor Derringer.

Él se echó hacia atrás y entrelazó los dedos de las manos. En su cara apareció una expresión de cierta incomodidad, como si la pregunta lo hubiese ofendido.

—No solo llamé a todos sus amigos, o al menos a los que yo conozco, sino también a mi hermana, con la que él tiene una buena relación. Pero nadie tiene la menor idea de dónde puede estar mi hijo. Obviamente, lo llamé a su casa infinidad de veces, y nunca atendió. Quizá vio que se trataba de mí en el identificador de llamadas del teléfono, y por eso no quiso atender…

—¿Su última discusión fue más fuerte de lo habitual? —preguntó Tom.

Richard Derringer asintió con la cabeza: lo hizo con lentitud, envuelto en un silencio de misa. Tom observó que bajaba los párpados con resignación, acaso sintiéndose culpable por lo que podría haber sucedido con Robert.

—Hoy a la mañana, harto de la situación, envié a uno de mis hombres a tocar el timbre a su casa —siguió diciendo Derringer—. Por supuesto, no hubo respuesta. Sin embargo, ya les dije que mi hijo sale casi todas las noches, así que no me extrañaría enterarme de que estaba durmiendo cuando lo visitó mi empleado y su sueño pesado de bebida le impidió oír el timbre. —Derringer hizo una pausa y agregó—: Ojalá ese haya sido el caso.

Tom y Nadine intercambiaron una rápida mirada.

Nadine volvió a mirar al señor Derringer y dijo:

—Creo que lo mejor será que nosotros vayamos a donde vive su hijo.

Derringer volvió a asentir.

—Si no nos abre —dijo Tom—, entraremos a como dé lugar. Necesitamos confirmar si Robert está o no allí.

—Les agradezco nuevamente, detectives —dijo Derringer—. Les proporcionaré el número de mi teléfono móvil personal. Y les pido por favor que, lo antes posible, me informen acerca de lo que encuentren.

Esa última frase provocó que a Tom y Nadine los recorriese un escalofrío. Aunque intentaban pensar en forma positiva y sacarse la idea de la cabeza, una oscura intuición ya les advertía sobre lo que se iban a encontrar en la casa de Robert.

***

Nadine estaba al volante. Habían pasado apenas unos minutos desde que abandonaron la extraña casa del señor Derringer. Ahora viajaban hacia donde vivía —«¿vivía?»— su hijo. Los rodeaba un silencio inhabitual: tanto dentro del coche —ellos hablaban poco— como afuera —en la ciudad se percibía una rara quietud, una silente amenaza—.

—No sé si soy yo —dijo Nadine mirando por la ventanilla durante el alto de un semáforo—, pero este día se me antoja… apagado.

—Lo mismo digo. Y tampoco sé si es mi percepción o si es la realidad.

—Quizá sean las dos cosas.

El rojo del semáforo le pareció a Nadine más intenso que nunca, como un círculo de sangre. Su trabajo implicaba un contacto regular con la muerte; sin embargo, durante los últimos días se había

enfrentado a una seguidilla de cadáveres —de gente joven— difícil de digerir.

La muerte no daba descanso.

***

Llegaron a la cuadra donde debía estar la casa de Robert. Nadine disminuyó la velocidad, hasta que encontró la dirección exacta.

Estacionaron y se bajaron del coche. Los dos llevaban sus armas en la pistolera, ocultas bajo los sacos, listas para desenfundarse si llegara a hacerles falta.

La tarde ya se acercaba al crepúsculo: en el cielo quedaban unas pocas nubes delgadas y grises, y ya no había rastros del sol.

Tom fue quien se acercó a la puerta de frente. Nadine desenfundó el arma y se quedó a un costado, cubriendo a su compañero.

—Robert —llamó Tom en voz bien alta.

No hubo respuesta.

—¿Estás ahí, Robert?

Tom lo intentó una última vez, levantando la voz aún más. Hasta que advirtió que un hedor repugnante le llegaba desde adentro. Miró a Nadine y le hizo un gesto de asco; ella lo repitió, confirmándole que también olía la peste aquella.

No era un buen presagio.

Tom se abalanzó sobre la puerta y la golpeó con el hombro. Una, dos, tres, cuatro veces. Esa maniobra no era tan fácil como la gente solía pensar por efecto de las películas.

Hasta que, a la quinta embestida, la puerta cedió.

Tom había notado, al impactar contra ella, que estaba algo más pesada de lo normal.

Sin embargo, jamás se hubiese imaginado encontrarse con lo que se encontró. Y, aunque se lo hubiesen descrito de antemano, nada lo podría haber preparado para aquello.

Tom dijo, casi balbuceando:

—Dios, Nadine, no ent…

Tarde. Nadine también lo vio:

—¡Oh, Dios mío! —exclamó y se llevó las manos a la cabeza, aun sabiendo que era peligroso hacerlo sin soltar el arma.

Ante ellos, y crucificado contra la puerta, había un cadáver. Solo el lugar del hallazgo y las circunstancias de los últimos días llevaban a Tom y a Nadine a suponer que se trataba de Robert Derringer. Lo que eran capaces de ver con sus propios ojos no llevaba a ninguna conclusión, al menos no respecto a la identidad del muerto. El cuerpo estaba cubierto de sangre ya seca, y parcialmente despellejado. No tenía ojos ni nariz, y los labios parecían haber sido quemados, igual que las mejillas y la frente. Debía de estar allí colgado desde al menos unas horas, aunque eso lo confirmarían Jason Winthrop y su equipo de expertos.

Aquel espectáculo mórbido era capaz de impresionar hasta al más veterano agente.

Nadine se dio vuelta para vomitar. Tom a punto estuvo de imitarla, aunque por poco logró contenerse. Se acercó a su compañera y le ofreció un pañuelo. Ella lo tomó.

—¿Estás bien? —le dijo Tom.

—Sí, estoy bien, no te preocupes.

Entraron a la casa, aunque sin demasiadas expectativas sobre encontrar al agresor. De todos modos, caminaban atentos. Allí el hedor era mucho más insoportable.

El caos con el que se encontraron no parecía, esta vez, haber sido causado por el asesino. Seguramente había que adjudicárselo a Robert y esa afición por las fiestas que lo llevó a discutir con su padre.

—Esperemos que se haya divertido anoche —dijo Nadine—. Que lo haya disfrutado como si hubiese sido la última vez… Ya que lo fue.

—Richard quería que su hijo conociera el lado duro de la vida. —Tom observó la prenda interior azul tirada en el suelo—. Y vaya si lo conoció, de una vez y para siempre.

Recorrieron la casa en completo silencio: salvo el zumbido de las moscas revoloteando sobre el pobre Robert, no se oía el menor ruido. Tampoco se percibía movimiento alguno.

Tras recorrer todos los ambientes, Tom guardó su arma. Nadine hizo lo propio.

—El asesino no iba a quedarse a esperar a la policía —dijo ella.

—Si los psicópatas tuviesen esa costumbre, nuestro trabajo resultaría más fácil.

Tras un silencio, y mostrándole a Tom una sonrisa sarcástica, Nadine replicó:

—O quizá resultaría más difícil. Mucho más difícil...

Un escalofrío les recorrió a ambos la espina dorsal. Cuando salieron, y después de respirar aliviados un aire relativamente libre de malos olores, miraron al cielo: había aun menos nubes que antes, y ya oscurecía.

Capítulo 22

Jason Winthrop y sus hombres ya habían llegado al lugar y trabajaba en la escena del crimen. Nadine y Tom se despidieron de Jason y caminaron hacia el coche.

Se subieron. Manejaría Tom.

Arrancaron.

—Debemos descartar el asunto de niños ricos viviendo en barrios trabajadores —dijo Nadine.

Tom asintió:

—Odio las casualidades y el azar: son piedras en el camino a la hora de solucionar un caso.

—Sin embargo, sí es cierto que Richard Derringer quería, igual que los padres de las otras víctimas, que su hijo conociera el otro lado de la vida, el del trabajo duro y el de los sinsabores.

—Sí, y el asesino les ha dado a Joshua y los demás un curso acelerado sobre esos pesares. —Tom sacó una mano del volante para rascarse la nariz; sentía que el hedor de la casa de Robert no se iría nunca—. Escucha, Nadine, debemos dar la orden de que avisen a la familia de Emilio García. Y también a la de James Hathaway, con quien ni siquiera hemos hablado. No quiero que esos cadáveres pesen en mi consciencia, lo mínimo que debemos hacer es advertirles que ya no hay ninguna duda: los están cazando uno a uno, e irán por ellos.

—Ya lo hice —dijo Nadine—. Mandé un mensaje al móvil particular de Tennison, más rápido que llamar a la brigada. Él se encargará.

—Bien, Tennison es eficaz.

La noche ya caía sobre las calles de Boston. Nadine lanzó un suspiro y se echó sobre el asiento del coche como si se tratara de una silla reclinable. El cansancio le cayó como una masa sobre los hombros, que se le bajaban por su cuenta. Ella se transportó mentalmente hacia el Caribe, o a alguna playa de lujo: deseaba tomarse unas vacaciones.

—La lucha no tiene pausa —dijo Tom, que adivinaba y compartía sus pensamientos—. Salvo cuando uno decide tomársela.

—¿Cómo van las cosas con Ivette? —le preguntó Nadine, recordando que el último gran caso que habían resuelto, el de la casa de la abuela Neville, estuvo relacionado con la novia de Tom—. ¿Pudo al fin conseguir una casa que no ocultara terribles misterios?

—Por fortuna, sí —dijo Tom. A él también lo aliviaba tomarse un respiro, hablar sobre asuntos personales con su compañera de años en la brigada. Si le preguntaran, quizá no se atrevería a calificar a Nadine como una amiga; aunque de algún modo, y en el fondo de sí, sabía que lo era—. La casa no es tan grande como lo era la otra, pero la ubicación sigue siendo excelente. Y queda un poco más cerca de la ciudad, cosa que a mí me pone contento: no debo viajar tanto para verla.

—Ya bastantes horas de coche acumulamos en el trabajo, ¿verdad, Tom? Nos pasamos el ochenta por ciento de la jornada, o bien dentro del coche, o bien tomando café en la comisaría.

—El otro veinte por ciento vamos a visitar las casas de los testigos o sospechosos.

—Y eso cuando no nos recibe un cadáver. —Nadine volvió a suspirar—. Pondré algo en la radio.

Se estiró y prendió el equipo de música. En la emisora que había quedado sintonizada sonaba una canción folk algo melancólica. Nadine la dejó, no tanto porque le gustara como por agotamiento, no tenía ganas siquiera de dedicarse a cambiar las emisoras.

Regresaron a la comisaría casi sin intercambiar palabra, oyendo la música que decidían pasar los de la radio y atestiguando cómo al cielo se lo iba devorando la oscuridad.

Mañana sería otro día.

Capítulo 23

A la mañana siguiente, Tom llegó media hora tarde a la brigada. Nadine lo vio cruzar como un espectro la puerta abierta de la oficina: arrastraba los ojos por el suelo y los pies se le hundían en el inframundo.

—He visto algunos cadáveres más saludables que tú —dijo Nadine y sorbió su taza de café. Sobre el escritorio había otra taza, ya fría. Tom advirtió que su compañera la preparó para él creyendo que llegaría más temprano. Esa certeza lo ayudó a perdonarle el humor negro, y de hecho le respondió en el mismo tono:

—Ojalá hubiese dormido tan profundamente como los muertos. Anoche debí tomarme un sedante, cosa que por lo común intento evitar. De todas formas, no fue una noche de sueño reparador ni mucho menos.

—Está bien, compañero, a veces suceden esas cosas. Siéntate, tu colega te preparará otro café.

Tom asintió con la cabeza en señal de gratitud.

—¿Me perdí de algo? —preguntó mientras Nadine, ya de pie, ponía a funcionar la cafetera.

—Te estaba esperando para iniciar un *tour* de visitas policiales. Tengo la dirección de algunos excompañeros del club de ricos. —Ahora Tom y Nadine llamaban así a los que antes conformaban el grupo de la foto—. Ellos nos proporcionarán una visión mucho más objetiva que Anita García o cualquier pariente de los chicos miembros del club.

—Hablando de Anita García, ¿Tennison y los muchachos pudieron advertirle a ella, más allá de lo que nosotros ya le contamos?

¿Localizaron a James Hathaway?

—Tenisson vino a informarme poco antes de que tú llegaras. En efecto, le contó todo a Anita García y localizó a los Hathaway. James está de viaje, recorriendo Europa, así que supongo que de momento no correrá ningún peligro.

—Que nos avisen cuando llegue.

—Eso también les dijimos.

—Bien.

La cafetera terminó su trabajo. Nadine le acercó a su compañero la taza humeante.

—Gracias —dijo él, recogiéndola—. Esta tarde deberemos estar bien despiertos. Quizá alguno de nuestros interrogados de hoy pueda arrojarnos alguna clave sobre estas horribles muertes.

Capítulo 24

Nadine y Tom no tuvieron fortuna con el primero de los potenciales entrevistados: nadie respondió al timbre.

El segundo se llamaba Sed Lemon. Nadine lo había elegido deliberadamente, por tratarse de un estudiante que ingresó gracias a una beca al mismo colegio del club de los ricos —que, en realidad, era en sí un club de ricos, solo que entre los mismos ricos había una élite de chicos aún más ricos—. Se trataba de una beca parcial que cubría un porcentaje de la matrícula y la cuota mensual. Específicamente, un cuarenta por ciento, cifra que no resultaba nada desdeñable, pero que a la vez le indicaba a Nadine que Lemon, por más becas con las que contase, nunca había sido exactamente pobre ni mucho menos. Sin embargo, según creían con Tom, podría considerárselo pobre en términos muy relativos, es decir, comparándolo con Joshua, Emilio y los demás. Y acaso esa diferencia pudiese haber provocado un resentimiento en Sed Lemon: ya fuera justificado por actitudes del club de los ricos o simplemente porque así sucedió sin que nadie lo provocara.

De todos modos, Tom y Nadine iban ahora a visitar a Lemon en su calidad de excompañero de los implicados, no de sospechoso. Eso no quitaba que tendrían los ojos y los oídos bien atentos. Estarían alerta a su comportamiento, a sus gestos, a la entonación de su voz, al modo en que decía las cosas y a las palabras que elegía. En especial Tom, que era el experto en esas cuestiones.

Nadine iba al volante. Llegaron a la casa de Sed, que quedaba bastante lejos de la brigada: debieron viajar más de media hora desde su partida.

La fachada era la de una casa de clase media, clase media alta a lo sumo. No se trataba de ninguna casucha, era evidente. Sin embargo, si uno la intentaba comparar con opulentas fortalezas como las de Derringer o incluso con la de los García, simplemente descubría que realizar una comparación era como poner la más lujosa de las pirámides egipcias frente a un bonito apartamento contemporáneo.

Nadine y Tom se bajaron del coche y tocaron el timbre.

Por fortuna, Sed estaba en casa. De hecho, fue él quien les abrió la puerta después de preguntarles su identidad y que ellos se anunciaran. Tom y Nadine, por supuesto, habían visto fotos de aquel chico, y no había cambiado tanto desde sus épocas de estudiante. Tenía un cuerpo fornido, todavía en forma. Los rasgos de su cara se habían endurecido un poco, como suele pasar cuando se supera la adolescencia; su mandíbula seguía igual de ancha que en las fotos del anuario, salvo por el hecho de que ahora se había dejado crecer la barba y carecía de los restos de acné de los viejos retratos.

Nadine tomó la iniciativa y le dijo a qué habían ido. Sed respondió que, hasta que ella se lo informó, no tenía la menor idea de lo que estaba sucediéndole a sus antiguos compañeros de clase.

—No leo los diarios, ni siquiera por Internet —se excusó.

—No tiene obligación de saber nada —dijo Tom amablemente—. Solo quisiéramos conversar unos minutos con usted, con el simple objetivo de enterarnos de cómo los demás alumnos percibían a ese grupo de chicos tan particular. ¿Le molestaría…?

—No hay problema, detectives. Pasen.

Tom y Nadine lo siguieron al interior de la casa. El cuarto de estar era bastante amplio, con una alfombra color crema y tres

sillones blancos muy limpios, uno de doble asiento y otro par de sillones simples. En el medio, una pequeña mesa rectangular, con la base de vidrio.

Sed estiró el brazo para invitar a los detectives a sentarse en el sillón doble.

—¿Quieren tomar algo? —les preguntó después.

Ellos asintieron y pidieron —como siempre— un café negro cada uno.

A Nadine le llamaba la atención que Sed viviera solo, y se lo dijo, tratando de que sonara como un comentario casual. Aunque, en realidad, eso era: vivir solo no vuelve a nadie sospechoso de ningún crimen, más allá de que podría facilitarle las cosas a un joven asesino serial…

—Vivo solo, en efecto —contestó Sed desde la cocina—. Mis padres me dieron algo de dinero y las cosas me fueron bien. Fui becado para la universidad, me favoreció el hecho de que antes había sido becado para el colegio y cumplí obteniendo buenas notas. Ahora me dedico a reparar y mantener computadoras. Yo me encargo del *software* y tengo un socio que se encarga del *hardware*, aunque si las circunstancias nos obligan a cambiar de rol, estamos capacitados para cumplir. —Sed llevaba las dos tazas humeantes en una bandeja y seguía hablando mientras se las acercaba a sus inesperados visitantes—. Así que ya saben, detectives. Si alguna vez tienen problemas con su computadora…

Sed lo había dicho en broma, y se encargó de remarcarlo mediante una sonrisa en su rostro. Tom le siguió la broma:

—Tenemos nuestros propios expertos en la comisaría, si no, sin duda te llamaríamos, Sed.

A Nadine la sobrecogió un repentino pensamiento: se le ocurrió que le gustaría que su futuro hijo —daba por sentado que en algún momento de su vida tendría uno— resultara ser, con el tiempo, un chico tan aplicado y educado como Sed.

«Recuerda lo que una vez te advirtió Tom», se dijo a sí misma, «y lo que te dijeron durante tu entrenamiento: nunca debes empatizar de más con un interrogado, se trate o no de un sospechoso. No hay ser humano más encantador en esta tierra que un psicópata; son inteligentes, correctos, y algunos son capaces de demostrar falsas emociones con mayor veracidad que quienes en verdad las experimentan».

—Gracias por el café —dijo Tom después de dar el primer trago. Sin duda, sabía mucho mejor que el de la brigada—. Ahora, Sed, quisiéramos que nos contara sobre esa especie de club de ricos que conformaban Joshua Alexander, Emanuel Franklin, Emilio García, James Hathaway, Gordon Laurent y Robert Derringer. ¿Qué nos puedes decir de ellos?

Sed se sentó en el sillón individual más cercano a Tom y a Nadine. Tomó aire, como quien se prepara para monologar durante un buen rato.

—De acuerdo, detectives, les diré cómo veía yo las cosas. Será para mí un simpático ejercicio de nostalgia, y espero que a ustedes les resulte de alguna utilidad.

Capítulo 25

—Obviamente —empezó a relatar Lemon—, yo era un adolescente cuando ingresé a la escuela, o quizá menos que un adolescente. Si bien mi familia nunca tuvo problemas de dinero, yo siempre había estado muy lejos de codearme con grandes empresarios, políticos o cualquiera de esa gente que… Ustedes ya saben, los que manejan el mundo.

»Con esa inocencia entré yo a aquel colegio tan prestigioso, pensando que se trataba de chicos iguales a mí —o, mejor dicho, que todos ellos se considerarían iguales a mí— y que no tendría ningún problema al relacionarme con ellos. Al menos, ningún problema vinculado a mi origen social. Ya saben, era un poco raro para mí considerarme una suerte de pobre de clase media alta. No estaba yo familiarizado con las paradojas y las macabras ironías que uno va conociendo durante su existencia adulta.

»Apenas llegué, todos sabían ya que yo era "el becado". Ese fue el mote que me pusieron, aunque apenas un grupo de insolentes se atrevió a arrojármelo a la cara, en forma de bromas a las que en un principio yo juzgué realizadas sin mala intención. Les recuerdo, detectives, lo inocente que era.

»Claro, todos sabían que yo era el chico de la beca, pero yo no sabía que ellos lo sabían. Debí de darles de comer a los chismosos del recreo durante una buena cantidad de semanas sin enterarme de que mi origen les servía de banquete.

»De todos modos, no voy a victimizarme; más allá del grupo de chicos ricos, caprichosos y crueles que siempre se encuentra uno en esos colegios de élite, no puedo quejarme de padecer lo que hoy en

día se llama *bullying*, o acoso escolar, y en esa época no tenía todavía ningún nombre. Cierto que algunos me miraban con desprecio, como si al cruzarse conmigo acabaran de pasar por un maloliente depósito de cadáveres; otros me preguntaban dónde iba mi familia a viajar para las vacaciones de invierno. Y yo —como dije — no advertía al principio que la pregunta estaba hecha con la peor de las intenciones. Hasta que empecé a darme cuenta de que entre ellos se codeaban y también intercambiaban miradas y risas socarronas cuando yo les decía que no me iba a ninguna parte, o a lo sumo, que viajaría a algún lugar dentro del país. Para ese grupo de chicos —que no eran todos, repito— la pobreza significaba no viajar a Europa o a Egipto, o vaya uno a saber a qué lugar exótico.

»Me acostumbré a tolerar las ironías y las miradas de asco. Incluso, cuando con el tiempo fui encontrando mi grupo de amigos —chicos que le daban valor a otros aspectos de una persona, aparte del número de ceros en su cuenta bancaria—, me fui animando a contestar, en el mismo tono irónico. Alguna vez llegué a intercambiar trompadas con uno o dos de ellos, y no salí perdedor, así que fueron aprendiendo a no meterse conmigo. Hay cosas que, por desgracia, se siguen manejando de esa manera. En cada clase social varía la sofisticación de ciertos métodos para ejercer el poder o resistirlo, pero a fin de cuentas todo se reduce a la selvática ley del más fuerte. Y si bien yo no me convertí en el león de aquella particular escuela, sí me gané un puesto digno, póngale ustedes el nombre del animal que quieran.

Por más personalidad que yo hubiese mostrado, habría sido imposible para mí ganarme ese trono de león, de alfa de la manada. Y también hubiera sido imposible para esos a los que con el tiempo

llamé mis amigos, o incluso para los que pretendían burlarse de mí mediante la pura ostentación de sus billeteras.

No, detectives, no era posible para nadie reinar en esa selva: los leones ya estaban bien establecidos.

Capítulo 26

—Imagino que te refieres al club de ricos entre ricos —dijo Tom—, del que formaban parte Joshua y los demás.

Nadine tomaba nota en su móvil mientras Sed asentía con la cabeza:

—Así es. A medida que yo me iba adaptando para sobrevivir, de la manera en que les estuve contando, también iba entreviendo ese mundo de ricos entre ricos, como usted bien definió: una élite dentro de la élite. Imagínese, si yo ya estaba debajo de los chicos «normales», aquel grupo debía de mirarme como si yo fuese un topo que de alguna manera se acababa de colar en lo profundo de su jardín.

Nadine intervino:

—¿Y ellos te hacían sentir de esa manera?

—No —dijo Sed con total seguridad, y Tom y Nadine intercambiaron una rápida mirada de sorpresa—. Y creo saber el motivo.

—Cuéntanos, por favor —volvió a decir Nadine.

—Detectives, supongo que su oficio los habrá llevado a conocer gente de diversas clases sociales, incluida la gente de clase alta.

Tom y Nadine asintieron.

—Y se habrán dado cuenta —siguió diciendo Sed, interpelándonos como generalmente ningún entrevistado se atrevía a hacerlo— de que los individuos de cada clase son diferentes entre sí, aunque los sociólogos vivan gracias a sus fantasías generalizadoras, que intentan igualarlos a todos.

A Tom le cayó simpático el comentario, aunque en defensa de una ciencia a la que en parte le debía sus conocimientos se vio obligado a replicar:

—Bueno, existen rasgos comunes. Por otra parte, las personas que dicen que toda generalización es mala a menudo no advierten que, afirmando eso, acaban de caer en una generalización.

—Se lo concedo, detective Harrison —dijo Sed—. De todos modos, yo apuntaba a algo diferente, a una especie de subcategorización que podríamos aplicar a los ricos. No sé si a usted se le ocurre en qué dos grandes categorías podríamos segmentarlos…

La pregunta fue dirigida a Tom, que se puso a pensar en una respuesta. Sin embargo, Nadine se le adelantó, le ganó la partida a su compañero:

—Yo los dividiría entre quienes nacieron en cuna de oro y quienes se hicieron ricos gracias a su trabajo, durante la adultez.

—Ha dado usted en el clavo —dijo Sed Lemon. Tom experimentó una ambigua mezcla de sensaciones. Por un lado, había recibido una pequeña herida en su vanidad intelectual; pero, en contrapartida, se sentía orgulloso por la sagacidad de su compañera.

Sed se puso de pie. Pidió disculpas por el gesto, pero dijo que le aburría pasarse mucho tiempo sentado. Tom y Nadine le dijeron que no había ningún problema, que cuanto más cómodo se sintiese él, mejor.

Ahora Sed caminaba en círculos mientras proseguía con su relato, repentinamente convertido en una suerte de análisis sociocultural:

—El club de los ricos no estaba en realidad formado por los más ricos de todos. Si uno se daba a la tarea de buscar y de comparar, cosa a la que yo nunca me rebajé, aunque me encuentro en condiciones de asegurar que otros chicos sí, podía inferir con cierta precisión que muchos de los externos a ese club tenían más dinero que Joshua y los otros. Sin embargo…

—Los del club pertenecían a familias que tradicionalmente habían tenido dinero —dijo Tom no sin cierta intención de redimirse por su lentitud ante la pregunta de un minuto atrás.

—Exacto, detective Harrison. Por supuesto que no tenían doble apellido ni una serie de retratos de parientes ilustres colgados en su viejo castillo, esto no es Londres, sino América. No obstante, y a nuestro modo, podemos afirmar que se trataba de una aristocracia. Y, en su condición de aristócratas, despreciaban a los… Llamémosles «nuevos ricos».

—Esto es una sorpresa —dijo Tom. —. Sin embargo, algo no encaja del todo, el apellido de uno de esos chicos…

—Emilio García, ¿verdad? —dijo Sed.

—Exacto —Nadine dio el último trago a su taza de café y la apoyó con cuidado en la mesa de vidrio—. No me imagino a chicos así aceptando a alguien de origen latino con tanta naturalidad. Por otra parte, me suena contradictorio tu discurso en el punto siguiente: tú dijiste que ellos no te demostraban desprecio, pero justo después afirmaste que despreciaban a todo el mundo. ¿Cómo es eso?

Sed volvió a sentarse en su sillón.

—Empezaré por el primer punto, detective Bannister.

Tom advirtió que Lemon los llamaba por sus apellidos. Por estudios o quizá por mera intuición, el chico sabía que recordar el nombre de la gente que uno recién conocía y utilizarlo delante de ellos ayudaba muchísimo a caer bien, y generar una empatía veloz.

Ajeno a las reflexiones de Tom, Sed continuó:

—Una cosa es despreciar y otra es demostrar ese desprecio, como ustedes entenderán. Si resultaba genuino decir que ese grupo mostraba su desprecio, deberíamos precisar que no lo mostraban por lo que hacían, sino por lo que «no hacían».

—¿Por ejemplo? —preguntó Nadine.

—Por ejemplo, no invitaban a nadie ajeno al grupo a sus reuniones ni cumpleaños, ni participaban demasiado de ciertas conversaciones sobre negocios. Y también tenían una manera de mirar y de ser que… Me resulta muy difícil explicarlo: eran más sutiles y a la vez más evidentes que, por ejemplo, otros de los chicos cuando pretendían humillarme a mí.

—Entiendo —dijo Tom—. La mirada aristocrática que no se compra, que viene con el que nació en cuna de oro.

—Exacto, detective Harrison, yo creo que en más de una ocasión ellos ni siquiera eran conscientes de lo mal que caían algunos gestos o palabras. Se comportaban así porque no conocían otra manera de comportarse. A veces se burlaban en voz alta de ciertas conductas de los «advenedizos», como los llamaban ellos, sin percatarse o directamente sin que les importara en lo más mínimo que uno de esos advenedizos se encontrara cerca de ellos, oyéndolos, incluso aunque no pretendiese hacerlo.

—Con todo esto que nos estás contando —dijo Nadine—, me imagino que el colegio estaría lleno de chicos llenos de rencor hacia

ese grupo que creía poseer sangre azul.

Lemon agachó la cabeza y pareció meditar su respuesta durante algunos segundos.

—Por supuesto —aclaró Nadine para ayudar al pensamiento de su interlocutor, eliminando objeciones evidentes—, de sentir rencor contra alguien a pasar a la acción y asesinarlo hay un trecho enorme.

—Sí, eso queda claro —respondió Lemon—. Y tampoco se me ocurre alguien que les guardara especial odio. Como dije, ellos eran sutiles, no atacaban a nadie de manera directa, y me atrevería a decir que tampoco de manera intencional. Muchos de nosotros, incluso, no les guardábamos rencor alguno porque sabíamos que ellos eran así naturalmente, no herían el orgullo de nadie con deliberación. Imagínese que usted, detective, que seguramente come todos los días, habla de almorzar, merendar y cenar con toda naturalidad y se olvida de que quien lo escucha decir eso es un pobre mendigo que con suerte se llevaba unas sobras a la boca, una vez por día. Acaso causaría que el mendigo se sienta humillado, pero sin haber tenido usted ninguna mala intención. Simplemente, lo habrá traicionado la costumbre de hablar con gente de su clase social, es decir, de clase media, y se habrá olvidado de medir sus palabras. Para esos chicos, hablar del modo en que hablaban y vivir del modo en que vivían resultaba tan natural como para usted sus tres comidas diarias.

—Nos ha quedado muy claro —dijo Tom—. En verdad veo por qué te han dado la beca, Sed: te expresas muy bien y se nota que te has capacitado durante toda tu vida.

—Gracias, detective Harrison. —Con una humildad casi oriental, y acaso un poco impostada, Sed agachó la cabeza.

—Ahora —volvió a decir Tom—, me gustaría que aclararas el segundo punto. Me refiero a la situación de Emilio García, el aparente intruso en ese grupo de hijos de familias tradicionalmente ricas y muy norteamericanas. Me interesa tu visión sobre eso.

Y vaya que le interesaba, se dijo Nadine. Ella conocía muy bien a su compañero, y no dejó de advertir que en el rostro de Tom aparecía esa expresión de tiburón divisando su presa, ese gesto de «oler sangre» que se dibujaba en él, seguramente sin que el propio Tom fuera consciente de ello, cuando sentía que se estaba acercando a la verdad o al menos a una punta de ovillo de la que podía tirar para desenredar un caso difícil.

—Bien, detectives —dijo el amable y elocuente Sed Lemon—, les hablaré de Emilio García y de su posición en el grupo de los ricos. Al menos, hasta donde yo sé.

Capítulo 27

—Si mal no recuerdo —siguió rememorando Lemon—, la familia de Emilio era argentina, aunque su apellido es de un claro origen español. Durante alguna de las guerras mundiales debieron de haber emigrado a Sudamérica, igual que tantos otros europeos, en especial españoles e italianos. Ya no recuerdo si esto es una simple idea que yo tengo ahora o lo escuché de alguien en aquel tiempo. Pero no es lo principal ni lo que a ustedes les importa.

»Lo importante es que los García, y esto sí recuerdo haberlo escuchado de la boca de varios de aquellos compañeros de clase, mantenían desde hace décadas una intensa actividad comercial con los Derringer, que fue derivando en una especie de amistad. Al menos, eran todo lo amigos que se puede ser cuando el vínculo es el dinero que se ayudaban a producir para beneficio mutuo.

»Las dos familias se dedicaban a varios negocios, aunque cada una tenía también su producto emblema. En el caso de los García, que si bien contaban con una buena posición, terminaron de acrecentar y asentar su fortuna desde Sudamérica, ese producto eran las curtiembres. El negocio del cuero, en una tierra que siempre poseyó vacas en cantidad y calidad, resultó ser altamente lucrativo.

»Los Derringer, por otra parte, destacaban en el rubro inmobiliario, aunque también obtuvieron un gran éxito en el ámbito gastronómico: oí que el señor Derringer es dueño de alguna famosa cadena de restaurantes de lujo.

—Lo que estás dándonos a entender —dijo Nadine— es que Emilio ingresó al grupo de élite, de alguna manera, apadrinado por esa amistad con los Derringer.

—Sí, así es. En términos objetivos, él pertenecía al grupo de advenedizos o nuevos ricos. Y eso dejando aparte la… No quiero usar la palabra xenofobia, pero como ustedes mismos sugirieron antes, esos chicos no miraban a un latino, por más descendiente de europeos que fuera, con los mismos ojos con los que miraban a un norteamericano o a un europeo «puro», si me permiten usar el léxico repulsivo y discriminatorio al que apelaban ellos.

—Entiendo —dijo Nadine—. ¿Tú tienes constancia de que alguna vez Emilio haya sostenido alguna disputa con los otros miembros del grupo, o con alguno de ellos?

Sed Lemon se arrellanó sobre el respaldo del sillón blanco y cruzó las piernas —Tom leyó en ese movimiento que él se sentía cómodo hablando con ellos dos, y por ende, no tenía nada que ocultar—.

Después de haber meditado su respuesta durante unos segundos, Sed dijo:

—Que yo sepa, no hubo disputas en el sentido que ustedes o yo le daríamos a la palabra, quiero decir, intercambio de insultos y todo ese espectáculo. Mucho menos llegaron a la violencia física, le aseguro que de haber sido así yo me hubiese enterado, y también el colegio entero. En aquel lugar los rumores corrían más rápido que las liebres. Sin embargo…

Sed se tomó unos segundos más para pensar, y siguió diciendo:

—Sin embargo, yo ya les conté cómo se comportaban ellos: de un modo más sutil que la gente común, aunque no por eso más piadoso. Creo que esa sutileza, incluso, era más cruel y evidente que cualquier insulto franco e inequívoco.

—Nos estás diciendo —intervino Tom, tratando de ayudar a la memoria de su interrogado— que Joshua, Emanuel, Robert, James y Gordon no atacaban directamente a Emilio, pero…

—Pero se lo hacían saber —completó Nadine al ver que a Tom le faltaban las palabras. En ese momento, podía definirse a esa situación como el esfuerzo de tres personas intentando reconstruir un discurso sobre la memoria de una de ellas—. Mediante sus comportamientos y quizá ciertas palabras que se podían leer entre líneas, ellos le hacían saber a Emilio que, en el fondo, no era de uno de ellos. Que él era el vástago de un nuevo rico, un latino de fortuna reciente, un…

—Un bastardo —dijo Tom—. La analogía es cruel, ya lo sé, pero…

—Pero no podría ser más precisa. —Sed se echó hacia adelante, como si un invisible rayo mágico acabara de devolverle el vigor y la elocuencia—. Eso resultaba ser Emilio a ojos de los demás: un bastardo, alguien que usurpaba una posición en ese grupo exclusivísimo.

Habló Tom:

—¿Y sabes si Robert Derringer formaba parte de ese desprecio general? Me suena raro, teniendo en cuenta que sus familias habían sido amigas desde siempre, tal como nos dijiste.

Tom observó que Lemon cerraba las mandíbulas, de un modo imperceptible para un ojo no entrenado, pero fácilmente captable para quien había incurrido en el estudio de los microgestos faciales. Sus ojos se contrajeron también. En términos más coloquiales, se había

puesto serio. Y los recuerdos parecían venir a su cabeza con mayor intensidad, de seguro azuzados por el calor de la charla.

—Robert despreciaba a Emilio más que nadie —dijo al fin, con una voz más firme y hasta más dura que antes—. Me lo han contado, yo alguna vez lo he visto también. Quizá lo despreciaba más que el resto porque él era el más obligado a tratarlo bien, a incluirlo en su grupo de afinidad, a reprimir ese mismo desprecio. Pero se imaginarán, detectives, que lo de reprimirse no es la especialidad de esos chicos, que desde la cuna lo tuvieron todo y se que acostumbraron a decir que no mucho más que a oír negativas por parte de otras personas.

—¿Qué fue lo que viste, Sed? —preguntó Nadine.

—Vuelvo a lo de antes: no era tanto lo que hacían, sino lo que no hacían. En este caso, lo que no hacía Robert. Robert casi no lo miraba cuando estaban hablando en grupo, cosa que cualquiera de nosotros podía comprobar sin problemas durante los recreos. Robert tampoco le pasaba la pelota cuando jugábamos diferentes deportes en las horas de educación física… En fin, un joven como el que yo era en ese tiempo se da cuenta de cuando hay una relación de verdadera fraternidad y compañerismo, y cuando no la hay. Lo de Robert y Emilio constituía una especie de matrimonio por conveniencia, salvo que sin matrimonio. Y los otros se veían arrastrados a ese vínculo nocivo pero claro que la mayor responsabilidad la cargaba Robert. Si él se enemistaba con Emilio o se pasaba de la raya con alguna mala actitud, quién sabe, quizá le podría haber costado a su padre unos cuantos millones de dólares. He oído que, más allá de su amor por el dinero, el señor García ama mucho a su hijo y también es muy susceptible si algún norteamericano intenta mostrar ante él algún tipo de superioridad… patriótica, por así decirlo.

Tom y Nadine asintieron. Nadine iba a hacer una pregunta, pero Sed se le adelantó:

—Ah, me olvidaba de algo. Los chicos evitaban, en la medida de lo posible, pisar la casa de los García. Solo lo hacían de tanto en tanto, para que su desgano no se hiciera muy visible ante Emilio.

Ahora Tom y Nadine se miraron entre sí, con una mezcla de sorpresa y entusiasmo: allí podía haber una clave.

Fue Nadine quien tomó la palabra:

—Qué extraño… —dijo—. La señora Anita García, la madre de Emilio, nos contó que los chicos se la pasaban en la casa de ella, que entraban y salían todo el tiempo. Dijo incluso que su marido bromeaba sobre ese tema.

Sed negó con la cabeza. Una vez más, Tom percibió en él una seguridad absoluta respecto a la veracidad de su memoria. Y, por otra parte, se trataba de un testigo y no de un implicado. Sed no ganaba nada mintiéndole a la policía, salvo correr riesgos inútiles.

Las palabras de Sed reafirmaron esa sensación:

—Les puedo asegurar que no era así, detectives. Incluso, perteneciendo a aquella élite dentro de la élite, Emilio estaba muy solo dentro de la escuela. En el fondo, era así. El grupo que supuestamente lo acogía, lo despreciaba, y era un secreto a voces. Con nosotros no podía interactuar demasiado, más allá de las circunstancias de clase. Para él, y para cualquiera de ellos, establecer una relación un poco más íntima con alguien ajeno a esa especie de secta que habían formado hubiese sido como meter sus carísimos zapatos en el lodo.

Sed hizo una pausa, y concluyó:

—Emilio García, aun con todo su dinero y sus supuestas y prestigiosas amistades, debió de haberse sentido un paria durante sus años de estudio. Él no era ningún tonto ni ingenuo. Él, seguramente, se daba cuenta de todo.

Capítulo 28

Se despidieron, agradecidos por la entrevista, y salieron de la casa de Sed Lemon sin intercambiar palabra alguna. Tom ocupó el asiento del piloto y Nadine se sentó a su lado.

Tom arrancó. Manejó durante varias cuadras todavía sin hablar, mirando hacia el frente. Su compañera también se mantenía en silencio. Al salir de un interrogatorio tan provechoso, los dos tenían la costumbre de tomarse un tiempo a solas con ellos mismos, procesando la nueva información antes de expresar sus conclusiones. Y los dos sabían, tras tantos años como colegas, que el otro compartía esa costumbre. Era una especie de sesión de meditación, que no hacía falta anunciar porque se daba espontáneamente, durante la que Tom y Nadine estaban juntos y a la vez estaban solos.

Al fin, cuando ya habían viajado en silencio durante varios minutos, la voz de Nadine irrumpió:

—¿Qué opinas, Tom?

Él hizo una pequeña pausa, como si hubiera perdido la costumbre de hablar y estuviese buscando su propia voz:

—En primer lugar, no hay razones para que este chico nos haya mentido.

—Así que, mientras no descubramos algo que nos haga cambiar de opinión, deberíamos optar por creerle.

—Exacto. Por otra parte, tampoco ha mostrado demasiado encono personal con el club de chicos ricos, por lo que no hay motivos para suponer que exagera, consciente o inconscientemente, los rasgos negativos de este grupo.

—De hecho —dijo Nadine mirando su celular, aunque más por la necesidad de hacer algo con las manos que por razones utilitarias—, tendió a justificar su conducta, basado en que ser como eran les salía naturalmente, algo así como la versión contemporánea de los amaneramientos de un aristócrata.

Se detuvieron en un semáforo. Tom aprovechó para frotarse los ojos con el dedo mayor y el pulgar:

—Creo —dijo— que Sed detestaba más a los otros chicos, los que no pertenecían al club y que deliberadamente se mofaban de él.

—La escuela secundaria es como una selva, y todos necesitan depredar a alguien.

A Nadine le vinieron a la cabeza recuerdos de su vida de estudiante. Para su fortuna, ella no había padecido acoso por parte de sus compañeros ni compañeras, más allá de algún incidente ocasional que cualquier chica de esa edad enfrenta tarde o temprano. No obstante, recordaba a un malicioso grupo de chicas de su curso que se daban aires y se creían modelos bellísimas: el mundo era para ellas una pasarela, y a muchas de las otras chicas del curso —a las que tenían sobrepeso o a las estudiosas— las veían como moscas a quienes convenía pisar. Sintió repugnancia y se preguntó qué sería de esas chicas hoy, en su vida adulta. ¿Se arrepentirían de aquello? ¿O, por el contrario, considerarían que esa actitud era la que las había llevado al éxito actual, suponiendo que lo tuvieran?

Sin duda, esa sería la clave: el destino que les hubiera tocado vivir desde entonces determinaría su grado de arrepentimiento.

Pero no era momento de compartir con Tom ni con nadie aquellas intempestivas nostalgias, sino de resolver el caso. Así que le

prestó atención a su compañero del presente —compañero del trabajo, ya no de la escuela— cuando dijo:

—Si bien no podemos acusar a nadie basándonos en un mero testimonio, creo que Sed Lemon nos ha dado una clave que hasta el momento no habíamos tenido en cuenta.

Nadine hizo un gesto de asentimiento:

—Emilio García —dijo.

—Es extraño que Anita García, cuando habló con nosotros, se encargara de enfatizar una buena relación de él con los otros chicos, que, según Sed, no existió nunca.

—Y no te olvides de aquello que dijo ella de que los chicos se la pasaban entrando y saliendo de la casa. Según Sed, eso no sucedía así. Y ya no estaríamos hablando de una percepción errada de madre, sino de una lisa y llana mentira.

—Tienes toda la razón. Una madre puede confundirse a causa del amor que siente por su hijo, y pensar que el resto del mundo debe de sentir forzosamente el mismo amor, en especial si se trata de los amigos del joven. Pero me cuesta mucho más creerme que la señora García se ha imaginado durante años, y casi todos los días, a un grupo de estudiantes entrando y saliendo de su casa.

Tom miró el espejo retrovisor: le llamó la atención un coche color gris. Si no se equivocaba, se trataba de un modelo reciente de la marca Renault. Durante algunas de las cuadras anteriores, ese coche gris había estado andando detrás de ellos, aunque no inmediatamente detrás, sino agazapado tras otro coche. Hacía unos segundos Tom acababa de doblar en una esquina; el coche que estaba entre los dos no había doblado, pero el coche gris sí, y ahora

estaba justo detrás del de ellos, sin ningún otro vehículo que obstruyera su visión.

Tom disminuyó un poco la velocidad. Y advirtió lo que sospechaba: el otro coche la disminuyó también. Daba toda la impresión de que no pretendía pasarlos, como por lo común hubiese hecho un conductor normal. Por el contrario, intentaba mantener constante la distancia entre ambos vehículos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Nadine a Tom. En la expresión de él, que no dejaba de mirar el espejo, se notaba que algo andaba mal.

—Tal vez no sea nada o tal vez sí —dijo Tom—. Necesito probar algo, Nadine. Sostente bien allí donde estás.

Ella asintió y aferró con sus dos manos ambos lados del asiento.

Al llegar a la siguiente esquina, y después de comprobar que con ello no rompería ninguna regla de tránsito, Tom giró el volante con un movimiento brusco que lo llevó a doblar hacia la izquierda. Nadine agradeció haberle hecho caso al consejo de su compañero: aquello se sintió como la turbulencia de un avión.

Tom casi que no necesitó mirar de nuevo al espejo, le bastó con haber oído el ruido detrás de él. El inconfundible ruido de las ruedas de un coche que doblan de repente sobre el asfalto. El conductor del auto gris, rápido de reflejos, había imitado la arriesgada maniobra que él acababa de hacer.

—Ya no tengo dudas —dijo Tom—. Nos están siguiendo.

—Sí, el coche gris —dijo Nadine con la expresión grave de un soldado que se prepara para la batalla.

Capítulo 29

Nadine volvió a hablar, mientras con el rabillo del ojo observaba al coche gris que seguía detrás de ellos, a unos metros de distancia:

—¿Crees que Richard Derringer, que ya debe de haber sido informado de la muerte de su hijo, habrá sido tan estúpido como para mandarnos a seguir de nuevo? —Nadine, pensativa, hizo una pausa antes de lanzar otra hipótesis—. ¿Y si la muerte de Robert lo desequilibró por completo y ahora nos culpa por ello y desea vengarse?

Tom, con las mandíbulas apretadas y sin sacar los ojos del espejo, respondió:

—Lo dudo. Si habláramos de otro tipo de hombre, y me refiero a la personalidad, lo que acabas de decir podría resultar verosímil o incluso inevitable. Pero Derringer padre no es ese tipo de hombre. ¿Recuerdas cómo se esforzaba y hasta cierto punto conseguía mantener la frialdad durante su conversación con nosotros? Y hablamos de un hombre que temía por la vida de su hijo, un temor que lamentablemente terminó por materializarse… Pero no, no creo que Robert Derringer sea tan tonto de recurrir otra vez a métodos que antes no funcionaron, ni que su dolor haya nublado su raciocinio a tal punto de culparnos a nosotros de su desgracia. El coche gris corresponde a otra gente.

—¿A quién entonces?

—Eso es lo que quisiera averiguar, pero antes debemos sacárnoslo de encima. —Tom seguía observando atentamente el espejo, y el coche no cejaba en su persecución—. Prepárate, Nadine,

no creo que nos resulte tan fácil como en aquella ocasión ante los hombres de la seguridad de Derringer.

Nadine se ajustó el cinturón y por instinto palpó el arma que llevaba en la pistolera.

A Tom ya le preocupaba bastante poco seguir el camino correcto para regresar a la comisaría, solo deseaba perder al perseguidor. Aunque también pensaba que enfrentarlo podría resultar una alternativa más útil: si lo interrogaran, podrían saber para quién trabajaba y el motivo por el que lo habían enviado. Era difícil de creer que no existiese relación entre el coche gris y el caso que Tom y Nadine estaban investigando.

—No dejes de aferrarte al asiento —le dijo Tom a su compañera y volvió a doblar bruscamente en la siguiente esquina.

Tal como él se lo imaginaba, el coche gris reaccionó otra vez con rapidez y los siguió sin problemas. Ellos ya no tenían dudas de que los seguía, y el conductor de aquel auto también sabía que ellos lo sabían, por lo que no había motivos como para que intentara disimular y se contuviera.

—Ahora sí —dijo Tom al reflejo del coche gris que lo amenazaba desde el espejo—, vamos a jugar un rato, señor perseguidor.

Tom comprobó que, habiendo él abandonado deliberadamente las avenidas principales, ahora casi no había más coches que el de ellos y el del perseguidor gris. Entonces tomó su arma con una mano y dejó la otra firme sosteniendo el volante. Con esa sola mano dio otro golpe feroz de volante, esta vez hacia el costado de la calle. La ventanilla de Tom estaba apenas baja —detalle que él también tuvo en consideración antes de pensar en lo que haría—. Esa hendija

que permitía el vidrio era suficiente como para que él sacara el arma.

El coche gris bajó la velocidad y pasó justo al lado del coche de ellos: no más de dos metros separarían a los dos vehículos.

Para sorpresa de Nadine, que estaba expectante, Tom no dijo nada. No hubo advertencias al perseguidor, como sí se las dieron a los hombres de Derringer.

Esta vez, Tom disparó.

No lo hizo contra la ventanilla del otro coche, eso hubiese sido tirar a matar. Disparó a una llanta. Obviamente, intentaba detener al coche gris.

Sin embargo, el tiro no fue lo suficientemente preciso —hubiese implicado una hazaña acertar justo en el neumático teniendo en cuenta las condiciones de ejecución del disparo—. El coche gris se detuvo, y su ventanilla —convenientemente polarizada y cerrada hasta ese momento— se bajó unos centímetros.

—Agáchate —dijo Tom a Nadine. Aunque ella ya lo había hecho, no se necesitaba ser un experto en combate con armas para saber lo que se venía.

Los disparos hicieron que el vidrio del coche de Tom y Nadine estallara en mil pedazos. Tom se había agachado también. De no haber sido así, para esas alturas ya se habría quedado sin cabeza. Sin embargo, sacaba la mano para disparar.

Nadine —aún agachada, sin ninguna intención de poner su cabeza a tiro del rival— abrió la puerta de su lado. Salió y se parapetó detrás del coche. Atacaría por el otro lado al enemigo mientras Tom se tiroteaba con él de frente.

Nadine sabía usar armas: si bien el principal trabajo de ellos era la investigación, estaban entrenados para la acción si resultaba necesaria. El oficio de detective no es uno que se pueda realizar tranquilamente, esperando que ningún acusado se fastidie. Así y todo, ese era su primer tiroteo. En oposición a la velocidad y el vértigo que suele apreciarse en las películas, allí, en la vida real, la sensación era que el tiempo se había detenido. No parecía existir ninguna otra cosa que ellos, su rival y el esporádico ruido de las balas en el aire: los otros coches, los peatones, la ciudad misma habían desaparecido para siempre.

Nadine se asomó, con prudencia, por la parte trasera del coche. Tenía a tiro al coche gris, aunque el rostro del conductor no se percibía a través del vidrio polarizado y apenas abierto. Seguro que él, igual que Tom, estaba agachado, y disparaba casi a ciegas. Los dos esperaban acertar un buen tiro como se acierta un número de lotería.

A Nadine se le ocurrió una idea: si esperaba a que ambos gastasen sus balas sin acertar al otro, final bastante probable dadas las circunstancias del duelo, ella decidiría la ventaja con su arma cargada.

Pero no, uno de los duelistas era el detective Tom Harrison, su colega y… amigo —en ese momento de tensión, no pudo evitar pensar en Tom como un amigo—. De ningún modo retrasaría su intervención, arriesgando así la vida de él. Al fin y al cabo, siempre cabía la posibilidad de que el hombre del coche gris sacara el boleto ganador en ese azaroso intercambio de balas.

Así que Nadine sacó medio cuerpo y dejó la otra mitad cubierta por el vehículo.

Disparó. Una, dos, tres, cuatro veces. Con los primeros disparos no pudo evitar cerrar los ojos; durante los siguientes contuvo aquel impulso nada favorable. Le sudaban las manos, aunque conseguía lo más importante: mantener el pulso. Le había fallado, también, en los primeros dos tiros, pero a partir de allí lo enderezó.

Y, de repente, un estruendo terrible y una bola de fuego en medio de la ciudad.

Y, ahora sí, el resto del mundo pareció volver a aparecer. Se oían las cada vez menos lejanas sirenas policiales, los gritos y el rumor de los transeúntes, el ruido de los coches cercanos que frenaban de repente ante aquel espectáculo digno de Hollywood.

Al final, Nadine se había sacado el billete ganador de la lotería de los disparos, aunque el premio se lo ganó a su manera. Una de sus balas debió de impactar en el tanque de gasolina del auto gris, que fatalmente explotó y ahora era devorado por una enorme lengua de fuego.

Capítulo 30

Habría transcurrido media hora hasta que la zona terminó de llenarse de patrulleros, periodistas y el séquito de curiosos que nunca falta en esas ocasiones, limitado por el también infaltable cordón amarillo vigilado por las fuerzas de seguridad. Los bomberos ya habían terminado su trabajo: no demoraron mucho en extinguir las llamas. Ahora se alejaban en su camión.

Jason Winthrop había llegado, unos minutos atrás. Y ahora les decía a Tom y a Nadine lo que ellos ya sospechaban:

—No creo que podamos sacar mucho de aquí.

El equipo forense de Jason, junto con unos oficiales, trabajaba cerca del coche siniestrado. Aunque, mirando el estado actual en que se encontraba, costaba incluso creer que aquello hubiese sido alguna vez un automóvil.

Jason les seguía hablando a unos todavía azorados Tom y Nadine:

—El mero hecho de averiguar la identidad del conductor nos costará muchísimo. Es más, dudo de que podamos hacerlo si su desaparición no se reporta, ustedes saben bien que los análisis no producen milagros, y que el ADN no es ninguna fuerza indestructible.

—Dudo de que alguien reporte la desaparición de este —dijo Tom —. Hay evidentes razones para asumir que se trata de un sicario. Y hay aun más evidentes razones para suponer que cuando quienes se dedican a esa profesión caen en batalla, nadie se acerca a reclamar por él y así regalarle a la Policía sus datos personales.

Jason asintió.

—Es una pena —dijo Nadine—. Si hubiésemos logrado atraparlo con vida…

—Agradezcan que ustedes mismos siguen con vida —dijo Jason —. Creo que al conductor del coche gris lo motivaban unas intenciones justo opuestas a las suyas.

Tom asintió y dijo:

—No al conductor, sino a quien sea que lo haya enviado. Por desgracia, ya nunca lo sabremos por medio de él.

—Más allá de lo que dije antes —intervino Jason—, no deberían perder todas las esperanzas. Siempre podemos encontrar algo. Incluso algo que carezca de sentido para nosotros, pero que ustedes consigan conectar con su búsqueda.

—Así es —dijo Nadine, que recién durante los últimos minutos había logrado reponerse del todo a la intensa experiencia del tiroteo —. Lo que logren sacar de ese infierno de chapa, tráiganoslo. Nunca se sabe, quizá cambia nuestra suerte y obtenemos alguna pista.

—¿Ya saben a dónde apuntar? —preguntó Jason, que después ensayó una sonrisa irónica—. Y disculpen que utilice la palabra «apuntar» justo después de lo que acaban de vivir.

—Tu humor no es el más exquisito —dijo Tom sonriendo también —, aunque me alegro de seguir vivo, aunque más no sea para escuchar tus chistes malos.

Jason les dedicó una última sonrisa y los saludó levantando la mano.

—Les deseo éxito, detectives —dijo dándose la vuelta—. Sé que lo tendrán.

Una vez que se fue, Tom miró a Nadine. Sabía que había sido su primer tiroteo, y se daba cuenta de que debía de ser tan duro para

ella como en su momento lo fue para él, que ya había padecido un par de experiencias similares.

Sin embargo, admiraba la entereza de su compañera. Tom era un experto en leer a la gente como a un libro abierto, pero cualquier otro no hubiese notado ninguna tensión más allá de lo común en cualquier agente: Nadine le hacía frente al asunto como una detective ya experimentada en ese tipo de confrontaciones de vida o muerte.

—Creo que ya fue suficiente por hoy —le dijo a su compañera. Pensó en apoyarle la mano en el hombro, pero después se dijo que ese gesto era inhabitual en él, y ella lo tomaría como una actitud condescendiente.

Nadine asintió.

—Sí, seguiremos mañana.

Y volvieron a su coche, ahora decorado con algunos agujeros de bala. Pasarían por la comisaría a recoger sus cosas y se irían cada uno a su casa.

Capítulo 31

A la mañana siguiente, en la comisaría, la cafetera volvía a funcionar. Y también se ponían en marcha las analíticas mentes de Tom y Nadine.

—Contratar a un sicario no es barato —dijo Nadine al mismo tiempo que llenaba un par de tazas humantes—. Alguien pobre, por muy resentido que se sintiese, no contaría con los recursos.

—Además, es alguien que sabe que estamos investigando este caso. —Tom tomó su taza y le agregó una cucharada de azúcar—. Alguien que, o bien cuenta con recursos también como para mandar a realizar tareas de inteligencia, o bien se ha entrevistado con nosotros…

—Todo esto apunta aún más a los propios chicos del club de los ricos, y no a alguien de afuera, como en un principio pensamos.

—Y si a esto le sumamos la situación de Emilio García que ayer nos detalló Sed Lemon…

Tom y Nadine se quedaron callados durante unos segundos, no les gustaba precipitarse. Se oía el ruido de cada uno de ellos soplando el café. Nadine se atrevió a dar un primer sorbo, breve y cauteloso, y dijo después:

—Por otra parte, ¿y si el propio Lemon nos está dando una pista falsa? ¿Y si ha dicho todo lo que ha dicho simplemente porque él está involucrado y pretende desviar nuestra atención hacia otro sospechoso?

—Sería mucha casualidad —dijo Tom— que, de entre todos los no miembros del club, justo se nos hubiese ocurrido consultar al culpable.

—No te olvides, Tom, de que no lo consultamos por mero azar, hablamos con él porque se trata de un chico becado. Alguien que, cuando lo conocimos, se mostró muy verborrágico y encantador. Y muy colaborativo. Quizá demasiado.

—No sé… ¿Sed es un encantador de serpientes, como la mayoría de los psicópatas? No lo sé, todo es posible, admito que un psicópata puede engañar a cualquiera, incluso a mí, que me he entrenado para evitar caer en ese tipo de engaños. —Tom bebió de su taza y Nadine lo esperó en silencio—. Insisto, no puedo refutar lo que dices, quizá sea así. Pero me sigue pareciendo demasiada casualidad. Recuerda aquella ley científica: la solución más simple suele ser la adecuada.

—Tratamos con personas, no con átomos ni nada de eso.

—Existen incontables ciencias, bien lo sabes, que estudian el comportamiento de las personas. Aunque, por supuesto, admito que es más fácil trabajar con números, moléculas y hasta con ratones de prueba…

Sonó el teléfono.

Nadine atendió, los oficiales encargados de recibir las llamadas les derivaban una muy particular.

Era Cris Hathaway, el padre de James Hathaway. Les avisaba que su hijo llegaría mañana de su viaje por Europa, tal como Tom y Nadine le habían pedido que hiciese.

—Muchas gracias por informarnos, señor Hathaway —dijo Nadine, la voz de aquel hombre se oía, lógicamente, muy preocupada—. Quédese tranquilo, nos volveremos a comunicar con usted a la brevedad. Su hijo será escoltado durante su regreso al

país. Apenas baje del avión habrá varios de nuestros hombres allí. Nadie podrá causarle el menor daño.

Después de escuchar los agradecimientos del pobre hombre, Nadine se despidió y cortó.

—Esta puede ser una oportunidad —dijo Tom—. Los seres humanos no son ratones, pero aun así se les pueden tender trampas.

Capítulo 32

Al mediodía del día siguiente, bendecido por su perfecta ignorancia de lo sucedido con sus antiguos compañeros de colegio y de «club», James Hathaway reposaba. Tenía la cabeza cómodamente apoyada en el respaldo del avión y los pies bien estirados. Las ventajas de viajar en primera clase.

Las ventajas del dinero.

Una aeromoza anunció por el parlante que faltaba poco para llegar a su destino: tras su satisfactorio periplo por Europa, James volvía a casa, a los Estados Unidos.

Pensó en su padre, que había prometido esperarlo en el coche para transportarlo con el pesadísimo equipaje. Podría haber encomendado esa tarea a algún empleado, pero le dijo que deseaba aprovechar el trayecto para escuchar de boca de él las experiencias del viaje.

Deseó que su padre fuese puntual. Cierto que necesitaba que alguien lo llevara, aunque la verdad es que hubiese elegido que fuera un empleado: no tenía una mala relación con su padre, pero tampoco tenía ganas de sostener una larga conversación justo después de un viaje de avión aún más largo. Había estado con mucha gente en Italia, España, Alemania… En todos los países que visitó. Y se había divertido mucho, claro que sí. Pero para el día de su regreso quería un recreo de tanta felicidad, por así decirlo, aburrirse un poco a solas.

James no era consciente de cuántas personas desearían tener los «problemas» que él tenía, como los relacionados con el exceso de diversión.

***

Desde el minuto cero, James advirtió algo extraño en su padre, aunque se trataba de algo que él era incapaz de precisar. Quizá su expresión, sus ojos —que por momentos parecían líquidos y temblorosos, como una laguna que tiembla a causa de una pedrada —, ciertos tics con las manos.

De todo eso se fue dando cuenta con el correr de los minutos. Primero fue solo la impresión general, que comenzó cuando su padre lo abrazó en la salida del aeropuerto.

—Tranquilo, papá, que no vengo de la guerra —le dijo él.

En efecto, su padre lo había abrazado como las madres debieron abrazar a sus hijos recién vueltos de Vietnam. Salvo que James se había pasado las últimas semanas haciendo turismo en las mejores ciudades del Viejo Continente, ¿qué riesgo podría haber corrido estando allí?

—Me alegro de verte, hijo —le dijo su padre. Y James advirtió que su voz vacilaba un poco.

Ya dentro del coche, le preguntó a su papá si todo estaba bien. Por un momento temió que sucediese algo con su madre, o cualquier tipo de desgracia capaz de poner sensible a un hombre que no se caracterizaba por los desbordes de sentimentalismo.

—No, hijo, todo está bien, no hay nada de qué preocuparse.

Tampoco resultaba muy común que lo llamara «hijo». Y el modo en que acababa de decir que no había nada de qué preocuparse solo había conseguido preocupar más a James.

***

Una vez que guardaron las maletas en el baúl y recorrieron los primeros kilómetros en el coche, James sintió que las cosas se

normalizaban un poco. Su papá formulaba las típicas preguntas que se le hacen al que regresa de un largo viaje: le preguntó qué ciudad le gustó más, si logró hacer amigos, si en algún momento extrañó el hogar. Y como para confirmar que su papá seguía siendo su papá, más allá de cualquier rareza, no se privó de preguntarle si por casualidad se había topado con alguna oportunidad de negocio.

De todas maneras, aquella sensación de nerviosismo la seguía transmitiendo: ahora se ponía a hablar de eso, de negocios, y le contaba a James la historia de un amigo italiano que había generado mucho dinero con un nuevo *software*… El tema de conversación era habitual en su padre, pero el modo de hablar se le antojaba a James demasiado atropellado, forzado incluso, como si intentara que las palabras taparan otra cosa.

Como si estuviera hablando de todo eso para evitar decir otras palabras, las que en verdad hubiese querido decir.

Para colmo, su padre miraba el móvil cada dos por tres, sin motivo aparente. Y también miraba por el espejo y por la ventana de modo casi obsesivo, con una frecuencia mucho mayor que la requerida por el manejo.

Y más se incomodó James cuando su padre comenzó a insistirle para que pasara la tarde en la casa de él:

—Tu madre tiene muchas ganas de verte, y también quisiera escuchar lo que tienes para contar del viaje.

James maldijo lo que consideraba un chantaje emocional: su padre le estaba diciendo, con otras palabras, que si no aceptaba la invitación estaría rompiendo el corazón de su pobre madre. ¿Cómo decir que no bajo esas condiciones?

Por otra parte, volvió a pensar en que quizá su mamá, o acaso su mismo papá, sufrían alguna enfermedad terminal o algo así. Sospechó, inquieto, que su padre estaba esperando a que los tres estuviesen reunidos para decírselo en ese momento. Probablemente también llamarían a su hermano mayor, para que el núcleo de la familia Hathaway estuviese completo.

¡O quizá era su hermano el que padecía alguna enfermedad! No sería la primera vez que oía de una persona muy joven con cáncer o alguna afección cardíaca…

Esas horribles suposiciones atormentaban la cabeza de James, que sin embargo no quería interrogar a su padre. Sabía que eso podría resultar peor aún, y que si él no le decía nada ahora, tendría sus buenas razones para hacerlo.

Capítulo 33

Por fortuna, no hubo reunión solemne ni fúnebres noticias.

La primera buena señal para James fue que su hermano no se encontraba en la casa: él sabía que sus padres no comunicarían una desgracia familiar sin él presente.

La segunda fue que la casa lucía como siempre, sin ningún arreglo especial.

Su mamá lo saludó con un abrazo efusivo. Aquello no indicaba nada extraño, contrariamente a su padre, ella solía ser así de expresiva.

Lo atiborraron de café y de tortas. En un par de ocasiones, cuando ya habría transcurrido un buen tiempo de charla, James amagó a irse. Sin embargo, sus padres parecían empeñados en detenerlo: «Espera, James, no puedes irte sin probar ese exquisito malbec que me trajeron de Francia», «Alto ahí, James, que aún no nos contaste ninguna anécdota sobre las calles de París», «Antes de irte, debo contarte una novedad política importante, quizá no te enteraste mientras estabas allá».

Lo último era especialmente inverosímil, una excusa demasiado obvia para retenerlo: existía un invento llamado Internet, mediante el cual todo el mundo se enteraba de todo casi al mismo tiempo, no importaba qué tan lejos estuviese del lugar en que los hechos habían ocurrido. Además, y para colmo, aquella noticia había resultado ser algo bastante insustancial, que sin duda su padre se había sacado de la manga en el momento.

***

Y así, entre una demora y otra, ya empezaba a anochecer para cuando James se pudo librar del apego desaforado de sus padres.

El equipaje ya estaba en su casa, habían pasado a dejarlo antes de ir allí.

Su padre iba a llevarlo de nuevo, pero su coche resultó mostrar una rara descompostura, y por eso James decidió volver caminando. Al fin y al cabo, no estaba muy lejos, y no le vendría mal despejarse después del viaje en avión y la posterior charla.

Igual, eso también era bastante raro: el coche había funcionado a la perfección cuando manejaron desde el aeropuerto, y ahora, de la nada —según afirmó su padre—, no se decidía a arrancar…

En fin, se dijo James, quizá todo se redujera a que sus padres se estaban volviendo viejos, y por ende, más sensibles, y lo del auto fuera una mera casualidad. Su principal miedo —el de que ellos tuvieran una desgracia para comunicarle— ya se había evaporado: si no le dijeron nada durante las varias horas que acababan de pasar juntos, es que no había nada que decirle.

Ahora disfrutaba de la brisa suave en el rostro, agradecido por el ejercicio de mover las piernas. Demasiadas horas sentado había pasado ya.

Aunque, más que cualquier otra cosa, disfrutaba el silencio. La quietud de la noche incipiente. El escaso rumor de los caminantes lejanos y de algún ave que volaba cerca de allí. Algún ladrido que sonaba distante. A esa parte del trayecto, dentro de lo que cabe en la ciudad, podía describírsela como bucólica, con sus plazas y sus árboles que escoltaban los pasos de James mientras sus pies pisaban el césped.

Y su mente se perdía en las imágenes del viaje, y la distancia parecía prolongar el tiempo: lo sucedido la semana pasada se le antojaba, a causa del cambio de escenario, como un recuerdo antiguo. Sonriendo, se acordó de algún restaurante, de alguna noche con nuevos amigos, de unos labios que le hablaban en español y lo besaban en el idioma universal del deseo.

Sí, había sido un gran viaje.

Y aun así —embelesado por esas memorias dulces y recientes, como si se tratara de canciones de cuna visuales—, James fue capaz de percibir a la sombra que salía desde detrás de un árbol y se abalanzaba sobre él. La vio agrandarse cada vez más, como una mancha negra a punto de engullírselo.

Y es que él la había visto venir, pero no hubiese sido capaz de reaccionar a tiempo para defenderse.

Por fortuna, James no estaba tan solo como creía en ese paraje. Y no era únicamente la sombra quien lo acompañaba.

Un grito de alto y luego un par de disparos resonaron en el aire. Después ya solo se oyeron los remotos ladridos de los perros, histéricos a causa del estruendo anterior.

La mancha negra cayó a los pies de James.

Y era una mancha con forma de ser humano.

De árboles más lejanos surgieron algunos hombres. A medida que se acercaban, a través de la penumbra, James se daba cuenta de que se trataba de policías.

Otras dos figuras vinieron desde el otro lado. Era un hombre y una mujer.

—¿James? —dijo la mujer. Una chica joven y atractiva, con voz amable.

Incapaz de hablar, James asintió con la cabeza.

—Soy Nadine Bannister —volvió a decir la mujer—. Y este es mi compañero, el detective Tom Harrison. Gracias a ti, logramos atrapar a un implacable asesino.

Capítulo 34

Un par de horas después, cuando ya se habían llevado el cuerpo sin vida de Emilio García, Tom y Nadine se reunieron con James Hathaway y sus padres en la brigada.

James no podía dar crédito a nada de lo que oía. En especial, al hecho de que su antiguo compañero de colegio se convirtiese en una especie de vengador y que fuera asesinando uno a uno a sus excompañeros de «club».

Y todo tenían que agradecérselo a Sed Lemon, que con sus declaraciones había llevado a Tom y a Nadine por el rumbo correcto.

Por supuesto que, más allá de las sospechas, ellos no podían estar seguros de que se trataba de Emilio. Y, aun de haberlo estado, mucho menos podían presentarse sin más en el domicilio de Anita García para llevarse a su hijo a la cárcel. No estaban en el Lejano Oeste, las cosas no funcionaban así: se necesitaban evidencias y una orden de captura. Tom y Nadine carecían de las dos cosas.

La llegada de James, de la que recibieron noticias por medio de su padre, fue la oportunidad perfecta.

Y así, no sin que un profundo escalofrío le recorriera la espina dorsal al escucharlo, James se enteró del motivo por el que su padre se había comportado de manera tan rara, lo invitó a su casa, haciendo todo lo posible para retenerlo hasta que oscureciese.

James había actuado de cebo para el asesino.

A Tom y a Nadine no les resultó fácil convencer al señor Hathaway de hacer tal cosa. Pero las palabras de Nadine fueron más que razonables:

—Si no lo atrapamos ahora —le había dicho ella—, ni ustedes ni James podrán volver a dormir tranquilos. Es preferible que el asesino actúe cuando nuestro equipo policial lo esté esperando, y en un ambiente preparado para ello, que el ataque suceda cuando James esté solo. En ese segundo escenario, su hijo no tendría posibilidades: el asesino ha demostrado ser muy eficaz, y le aseguro que nada lo detendrá en su empeño.

En cuanto a la señora Hathaway, ni siquiera fue informada de la estratagema, por lo que la rara conducta de su marido durante ese día la había sorprendido tanto como al mismo James. Incluso la falsa descompostura del coche.

—¿Por qué no me avisaron a mí de la operación? —preguntó James con una mezcla de alivio, sorpresa y alguna cuota de disgusto —. Si iba a ser una carnada, al menos me hubiese gustado saber qué clase de tiburón deseaba comerme.

—Lo lamentamos, James —dijo Tom—. Pero si hubieses estado advertido, no habrías logrado comportarte de manera natural. Probablemente el asesino hubiese detectado el miedo prematuro en tus ojos, o una postura demasiado alerta.

—Además —agregó Nadine—, la hubieses pasado mucho peor durante el proceso, tan mal como la pasó tu sacrificado padre. Tal como se dieron las cosas, apenas tuviste un mínimo susto cuando viste emerger a Emilio entre las penumbras, vestido con sus ropas negras. De haber sabido lo que te esperaba, tu padecimiento se hubiese extendido durante todo el día.

—Y tampoco podíamos estar seguros de que Emilio te atacaría hoy —dijo Tom—. Aunque sí lo sospechábamos, por la frecuencia de sus crímenes: no parecía tratarse del tipo de asesino paciente.

—Ya veo —dijo James, que al parecer aceptó como válidas aquellas explicaciones—. Así que… soy el único que se ha salvado. De no haberme ido de viaje…

—A veces —volvió a decir Tom—, la diferencia entre vivir y morir es puro azar. Si hubieses estado en aquí cuando todo esto empezó, quizá hubieses sido el primero. Nunca se sabe.

—Agradece este regalo del destino —dijo Nadine—, más allá de lo horrible que resulta todo. Has vuelto a nacer, se te ha regalado una segunda vida.

***

Esa noche, Tom y Nadine decidieron cenar juntos en un pequeño bar cerca de la comisaría. Se les venía haciendo costumbre cada vez que resolvían un caso.

Nadine miraba por la ventana mientras esperaba su orden junto con su compañero. No sabía si realmente la noche estaba tranquila o si era ella la que proyectaba su tranquilidad sobre esta. Sentía, igual que Tom, que la resolución del caso le había quitado de encima una mochila de plomo.

—Creo que deberíamos enviarle algún presente a Sed Lemon —dijo Tom, arrancándola de sus pensamientos.

—Ciertamente, nos ha salvado —respondió Nadine.

—Y nos ha ayudado a salvar a James, más allá de que de todos modos íbamos a enviarle vigilancia.

Hubo un silencio, hasta que Nadine volvió a hablar:

—Si Emilio se hubiese detenido, si hubiese desistido de atacar a James… Él debía de saber que nosotros ya habríamos averiguado lo que esos chicos tenían en común, y que su próximo objetivo sería el miembro del club de ricos que le faltaba.

—Precisamente esa era nuestra ventaja, Nadine. Una de las pocas ventajas que tenemos por sobre estos psicópatas, por astutos que sean, es que no pueden combatir contra su propia pulsión asesina. De ningún modo Emilio hubiese sido capaz de dejar vivo a uno solo de sus antiguos compañeros, por mayor riesgo que el último ataque implicara.

—¿Crees que Anita García estaba al tanto de las monstruosas actividades de su hijo?

Antes de contestar, Tom miró por la ventana, como si buscara la respuesta en la oscuridad del cielo y en el asfalto desolado y silencioso.

—No lo sé, eso lo dirá nuestro sistema judicial. Y espero que se llegue a un resultado justo.

—Lástima que no pudimos encerrar a Emilio, en lugar de abatirlo.

—No obedeció la voz de alto. Era la vida de Emilio o la de su próxima víctima, James Hathaway. No había nada que hacer.

—Sí, ya lo sé. —Nadine apoyó los codos sobre la mesa y el mentón sobre sus puños. Miraba hacia abajo.

Tom no necesitó de sus habilidades de experto para interpretar su evidente melancolía.

—Tú ya sabes, Nadine, que las cosas rara vez son perfectas. No lo son en la vida, y mucho menos lo son en nuestro oficio. Atrapamos al culpable, y eso ya es mucho decir. Tampoco debo decirte cuántos casos se quedan sin resolver.

—Lo sé, Tom, lo sé. Pero eso no evita que yo siempre busque la perfecta solución, y me siga frustrando cuando no la hallo.

—Por eso eres buena en lo que haces.

Llegó la comida: pastas para Nadine y un jugoso bistec para Tom.

Se pusieron a hablar de lo bueno que estaba todo. Después Tom retomó el tema de Emilio García:

—Aun si no nos hubiésemos visto obligados a abatir a Emilio, dudo de que el chico hubiese entregado a su madre, por más asesino que fuera. Una madre es una madre.

—Quizá nunca sepamos si la señora García intentó encubrir a Emilio o no.

—Lo dices por los sicarios, ¿no?

—Sí.

—Eso será imposible de probar. Por si lo estás pensando, tampoco serviría acusarla de falso testimonio solo porque nos dijo que su hijo tenía una gran relación con sus amigos y que los veía siempre en su casa. Sus abogados, seguramente caros y muy buenos, alegarían que aquellas eran trampas de la memoria y errores de percepción, que cualquier madre podía cometer al considerar la vida social de su hijo. A fin de cuentas, no hay mucho más que las declaraciones de Lemon, y en las fotos del anuario, el club de los chicos ricos aparece siempre en su totalidad, con Emilio incluido.

—Un club que se redujo drásticamente —dijo Nadine. Después le dio un largo trago a su copa de vino, como si intentara digerir la amargura de su comentario.

—A veces —dijo Tom—, los ricos también la pasan mal. No es lo que suele suceder, pero muy de tanto en tanto sucede: en este mundo, nadie está a salvo.

—Y nadie está exento de los malos amigos —observó Nadine.

Otro silencio. En el local había poca gente a esas altas horas de la noche, y se oía el ruido de los cubiertos chocando contra los platos.

Tom miró a su compañera y le dijo:

—Quizá el problema es que se hicieran amigos en una primera instancia. O, mejor dicho, que intentaran hacerse amigos de Emilio, por una cuestión de conveniencia comercial. Las amistades no funcionan así.

—Quizá Emilio sí creyó, en algún momento, que era amigo de ellos —dijo Nadine—. Tal vez tomó la pantomima como real, y ese fue su pecado. Un pecado por el que pagaron también los demás.

—Tienes razón, Nadine. Por eso uno siempre debe saber elegir a sus amigos, y contarlos con los dedos de una mano. No es bueno tener demasiados buenos amigos.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor escríbeme directamente a raul@raulgarbantes.com. También me puedes encontrar en:

www.raulgarbantes.com

Amazon

Facebook

Twitter

Instagram

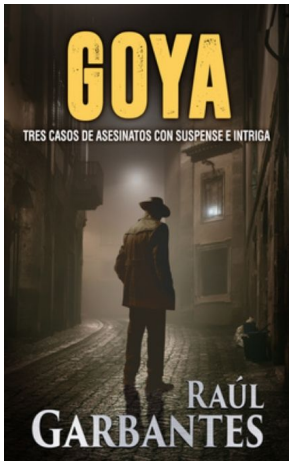
Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Otras obras del autor

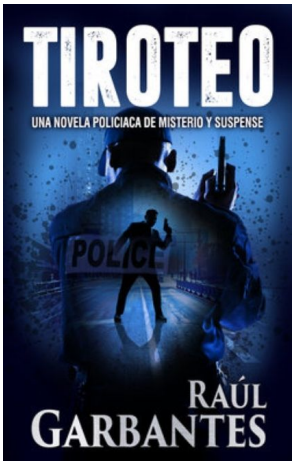
Goya
Tiroteo
La Huida
El Ausente
Sombra Infernal
Noche Criminal
Juegos Mortales
Golpe de Muerte
Misión Riesgosa
Miedo en los Ojos
Suicidas del Aspa
Laberinto de Sangre
Paradero Desconocido
Atentado en Manhattan
El rapto de Daniel Evans
El Palacio de la Inocencia
Los Secretos de Blue Lake
Investigador Privado NathanJericho
La Caída de una Diva (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1)
Fuego Cruzado (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)
Asfixia: (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3)

Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga



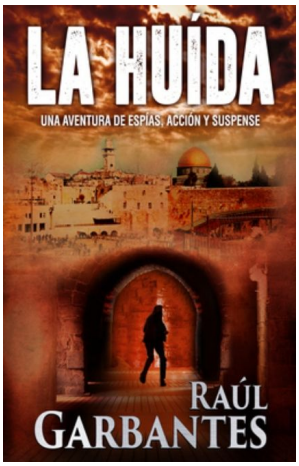
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Tiroteo: Una novela policiaca de misterio y suspense



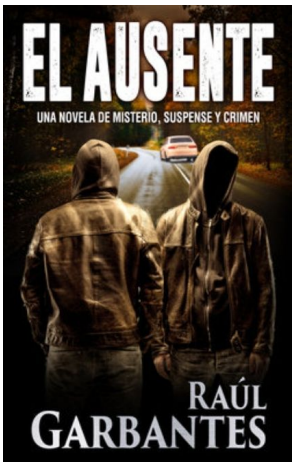
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

La Huida: Una aventura de espías, acción y suspense



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

El Ausente: Una novela de misterio, suspense y crimen



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**

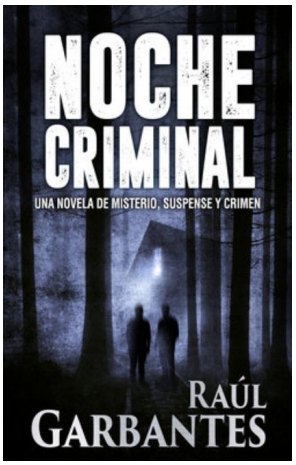
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Sombra Infernal: Un thriller de acción, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Noche Criminal: Una novela de misterio, suspense y crimen



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Juegos Mortales: Una novela de suspenso, crimen y misterio



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Golpe de Muerte: Una novela de intriga, misterio y asesinato



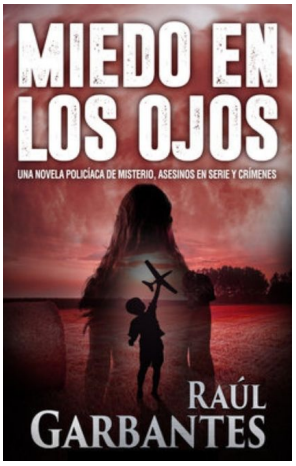
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Misión Riesgosa: Un thriller de acción y romance; misterio y suspense



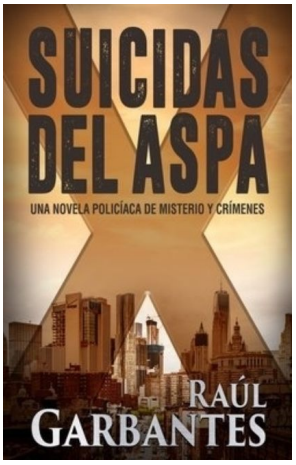
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Miedo en los Ojos: Una novela policíaca de misterio, asesinos en serie y crímenes



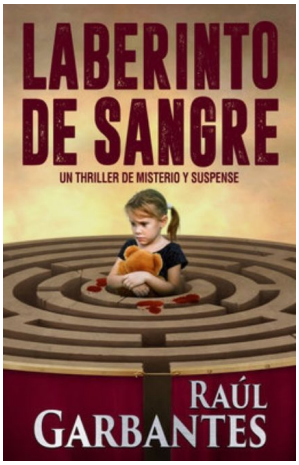
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Suicidas del Aspa: Una novela policíaca de misterio y crímenes



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Laberinto de Sangre: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Paradero Desconocido: Un thriller psicológico de misterio y suspense



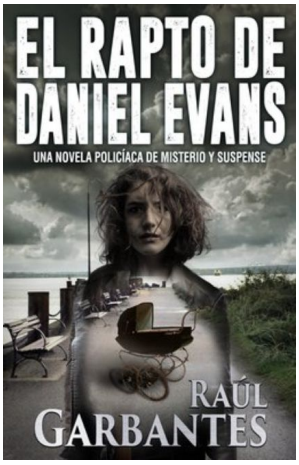
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Atentado en Manhattan: Un thriller de acción, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

El rapto de Daniel Evans: Una novela policíaca de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

El Palacio de la Inocencia: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense



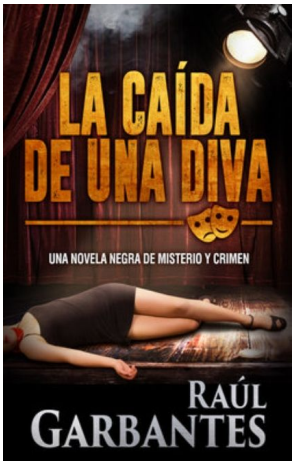
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Investigador Privado NathanJericho



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

La Caída de una Diva: Una novela negra de misterio y crimen (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1)



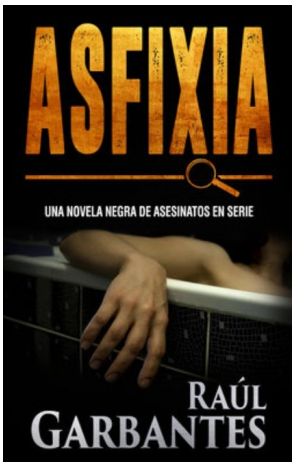
Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Fuego Cruzado: Una novela negra de romance, misterio y crimen (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**

Asfixia: Una novela negra de asesinatos en serie (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3)



Versión Kindle – Adquiérela **AQUÍ**
Versión Tapa Blanda – Adquiérela **AQUÍ**